

TRES CUENTOS

DE

GUSTAVE FLAUBERT

INDICE

El corazón sencillo

La leyenda de San Julián
El hospitalario

Herodías

EL CORAZON SENCILLO

I

A lo largo de medio siglo, las burguesas de Pont-l'Évêque le envidiaron a madame Aubain su criada Felicidad.

Por cien francos al año, guisaba y hacía el arreglo de la casa, lavaba, planchaba, sabía embridar un caballo, engordar las aves de corral, mazar la manteca, y fue siempre fiel a su ama -que sin embargo no siempre era una persona agradable.

Madame Aubain se había casado con un mozo guapo y pobre, que murió a principios de 1809, dejándole dos hijos muy pequeños y algunas deudas. Entonces madame Aubain vendió sus inmuebles, menos la finca de Toucques y la de Greffosses, que rentaban a lo sumo cinco mil francos, y dejó la casa de Saint-Melaine para vivir en otra menos dispendiosa que había pertenecido a sus antepasados y estaba detrás del mercado.

Esta casa, revestida de pizarra, se encontraba entre una travesía y una callecita que iba a parar al río. En el interior había desigualdades de nivel que hacían tropezar. Un pequeño vestíbulo separaba la cocina de la sala donde madame Aubain se pasaba el día entero, sentada junto a la ventana en un sillón de paja. Alineadas contra la pared, pintadas de blanco, ocho sillas de caoba. Un piano viejo soportaba, bajo un barómetro, una pirámide de cajas y carpetas. A uno y otro lado de la chimenea, de mármol amarillo y de estilo Luis XV, dos butacas tapizadas. El reloj, en el centro, representaba un templo de Vesta. Y todo el aposento olía un poco a humedad, pues el suelo estaba más bajo que la huerta.

En el primer piso, en primer lugar, el cuarto de «Madame», muy grande, empapelado de un papel de flores pálidas, y, presidiendo, el retrato de «Monsieur» en atavío de petimetre. Esta sala comunicaba con otra habitación más pequeña, en la que había dos cunas sin colchones. Después venía el salón, siempre cerrado, y abarrotado de muebles cubiertos con fundas de algodón. Seguía un pasillo que

conducía a un gabinete de estudio; libros y papeles guarnecían los estantes de una biblioteca de dos cuerpos que circundaba una gran mesa escritorio de madera negra; los dos paneles en esconce desaparecían bajo dibujos de pluma, paisajes a la *guache* y grabados de Audran, recuerdos de un tiempo mejor y de un lujo que se había esfumado. En el segundo piso, una claraboya iluminaba el cuarto de Felicidad, que daba a los prados.

Felicidad se levantaba al amanecer, para no perder misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; después, terminada la cena, en orden la vajilla y bien cerrada la puerta, tapaba los tizones con la ceniza y se dormía ante la lumbre con el rosario en la mano. Nadie más tenaz que ella en el regateo. En cuanto a la limpieza, sus relucientes cacerolas eran la desesperación de las demás criadas. Ahorrativa, comía despacio, y recogía con el dedo las migajas del pan caídas sobre la mesa; un pan de doce libras cocido expresamente para ella y que le duraba veinte días.

En toda estación llevaba un pañuelo de india sujeto en la espalda con un imperdible,

un gorro que le cubría el pelo, medias grises, refajo encarnado, y encima de la blusa un delantal con peto, como las enfermeras del hospital.

Tenía la cara enjuta y la voz chillona. A los veinticinco años, le echaban cuarenta. Desde los cincuenta, ya no representó ninguna edad. Y, siempre silenciosa, erguido el talle y mesurados los ademanes, parecía una mujer de madera que funcionara automáticamente.

II

Había tenido, como cualquier otra, su historia de amor.

Su padre, un albañil, se había matado al caer de un andamio. Luego murió su madre, sus hermanas se dispersaron, la recogió un labrador y la puso de muy pequeña a guardar las vacas en el campo. Tiritaba vestida de harapos, bebía, tumbada boca abajo, el agua de los charcos, le pegaban por la menor cosa y acabaron echándola por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró en otra

alquería, llegó en ella a moza de corral y, como daba gusto a los amos, los compañeros de faena le tenían envidia.

Una tarde del mes de agosto (tenía entonces dieciocho años) la llevaron a la romería de Colleville. Se quedó pasmada, estupefacta por el estruendo de los rascatripas, las luces en los árboles, la variedad abigarrada de los trajes, los encajes, las cruces de oro, aquella masa de gente saltando todos a la vez. Se mantenía apartada modestamente, cuando un mozo muy atildado, y que fumaba en pipa apoyado de codos en la barra de un toldo, se acercó a invitarla a bailar. La convidó a sidra, a café, a galletas, le regaló un pañuelo, y, creyendo que la moza le correspondía, se ofreció a acompañarla. A la orilla de un campo de avena, la tumbó brutalmente. Felicidad se asustó y empezó a gritar. El mozo escapó.

Otra tarde, en la carretera de Beaumont, Felicidad quiso adelantar a un gran carro de hierba que iba despacio, y, ya rozando las ruedas, reconoció a Teodoro

El mozo la abordó tranquilamente, diciendo que tenía que perdonarle, porque era «culpa de la bebida».

Felicidad no supo qué contestar y estuvo por echar a correr.

En seguida, Teodoro habló de las cosechas y de notables del municipio, pues su padre se había ido de Colleville a la finca de Les Ecots, de modo que ahora eran vecinos. «¡Ah!», exclamó la muchacha. El mozo añadió que deseaban casarle. Pero él no tenía prisa y esperaba una mujer que le gustara. Felicidad bajó la cabeza. Teodoro le preguntó si pensaba casarse. Respondió ella, sonriendo, que estaba mal burlarse. «No, no, ite lo juro!», y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; la muchacha andaba sostenida por aquel abrazo; acortaron el paso. El viento era suave, brillaban las estrellas, oscilaba ante ellos la enorme carretada; y los cuatro caballos, arrastrando los cascotes, levantaban polvo. Después, sin que se lo mandaran, doblaron a la derecha. Él la besó otra vez. Ella se perdió en la oscuridad.

A la semana siguiente, Teodoro llegó a obtener citas.

Se encontraban al fondo de los patios, detrás de pared, debajo de un árbol solitario. Felicidad no era inocente como las señoritas -los animales la habían enseñado-; pero la razón y el instinto de la honra le impidieron caer. Esta resistencia exasperó el amor de Teodoro, hasta tal punto que para satisfacerlo (o quizá inocentemente) le propuso casarse con ella. Felicidad no acababa de creerlo. Teodoro le hizo grandes juramentos.

Al poco tiempo confesó una cosa desagradable: el año anterior, sus padres le habían comprado un sustituto, pero cualquier día podrían volver a llamarle; la idea de ir al servicio le espantaba. Esta cobardía fue para Felicidad una prueba de cariño; el suyo se duplicó. Se escapaba por la noche, y al llegar a la cita, Teodoro la torturaba con sus acaloramientos y su porfía.

Finalmente, le anunció que iría él mismo a la prefectura a enterarse y le diría el resultado el domingo siguiente, entre las once y las doce de la noche.

Llegado el momento, Felicidad corrió al encuentro del novio.

En su lugar encontró a un amigo de Teodoro.

El amigo le dijo que no debía volver a verle. Para librarse del servicio, Teodoro se había casado con una vieja muy rica, madame Le-boussais, de Toucques.

Fue un dolor desmesurado. Se tiró al suelo, rompió a gritar, invocó a Dios y estuvo gimiendo completamente sola en medio del campo hasta el amanecer. Después volvió a la alquería, dijo que pensaba marcharse, y, pasado un mes, le dieron la cuenta, envolvió todo su equipaje en un pañuelo y se fue a Pont-l'Évêque.

Delante de la posada, preguntó a una señora con toca de viuda y que precisamente buscaba una cocinera. La muchacha no sabía gran cosa, pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias que madame Aubain acabó por decir: «¡Bueno, te tomo!».

Al cabo de un cuarto de hora, Felicidad estaba instalada en casa de madame Aubain.

Al principio vivió como temblando por la impresión que le causaban «el señorío de la casa» y el recuerdo de «Monsieur» planeando sobre todo. Pablo y Virginia, el uno de siete años, la otra de cuatro no cumplidos, le parecían hechos de una materia preciosa; los cargaba a caballo sobre la espalda, y madame Aubain le prohibió besarlos a cada paso, lo que le dolió. Sin embargo, estaba contenta. La apacibilidad del medio había disipado su tristeza.

Todos los jueves iban unos amigos a jugar una partida de boston. Felicidad preparaba de antemano las cartas y las rejillas. Llegaban a las ocho en punto y se marchaban antes de dar las once.

Todos los lunes por la mañana, el chamarilero que vivía debajo de la avenida exponía en el suelo sus chatarras. Después la localidad se llenaba de un runruneo de voces, en el que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de corderos, gruñidos de cerdos, con el traqueteo seco de los carros en la calle. Al mediodía, en lo animado del mercado, aparecía en la puerta un viejo campesino de elevada estatu-

ra, la gorra echada hacia atrás, la nariz ganchuda: era Robelin, el colono de Greffosses. Al poco tiempo llegaba Liébard, el granjero de Toucques, pequeño, gordo, colorado, con chaqueta gris y polainas armadas de espuelas.

Los dos traían al ama gallinas o quesos. Felicidad descubría invariablemente sus marrullerías y ellos se iban llenos de respeto a Felicidad.

En épocas indeterminadas, madame Aubain recibía la visita del marqués de Gremanville, un tío suyo arruinado por la mala vida y que vivía en Falaise del último pedazo de tierra que le quedaba. Se presentaba siempre a la hora de comer, con un horrible caniche que ensuciaba con las patas todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer un caballero, hasta el punto de llevarse la mano al sombrero cada vez que decía: «Mi difunto padre», la costumbre le podía, se servía de beber vaso tras vaso y soltaba desvergüenzas. Felicidad le empujaba afuera, no sin miramientos: «¡Ya ha bebido bastante, monsieur

de Grennanville! ¡Hasta otra vez!». Y cerraba la puerta.

Se la abría con gusto a monsieur Bourais, antiguo procurador. Su corbata blanca y su calvicie, la chorrera de la camisa, la amplia levita parda, la manera de sorber el rapé doblando el brazo, toda su persona le producía ese pasmo que nos causa el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como administraba las propiedades de «Madame», se encerraba con ella durante horas en el gabinete de «Monsieur», y siempre tenía miedo de comprometerse; respetaba muchísimo a la magistratura, tenía sus pretensiones de saber latín.

Para enseñar a los niños de manera agradable, les regaló una geografía en estampas que representaban diferentes escenas del mundo, de los antropófagos con plumas en la cabeza, un mono que se llevaba a una doncella, beduinos en el desierto, pescadores clavando el arpón a una ballena, etc.

Pablo dio a Felicidad la explicación de las estampas. Y hasta fue ésta su única instrucción literaria.

La de los niños corría a cargo de Gullot, un pobre diablo empleado del ayuntamiento, famoso por su buena letra y que afilaba el cor-taplumas en la bota.

Cuando hacía buen tiempo, iban temprano a la finca de Greffosses.

El patio estaba en cuesta, la casa en el centro, y a lo lejos se veía el mar como una mancha gris.

Felicidad sacaba de su capacho lonchas de carne fría, y almorzaban en una estancia con-tigua a la lechería. Era el único resto de una casa de recreo, ya desaparecida. El papel de la pared, en jirones que temblaban con las corrientes de aire. Madame Aubain inclinaba la frente, abrumada de recuerdos; los niños no se atrevían a hablar. «¡Pero idos a jugar!», les decía; y escapaban.

Pablo subía al granero, atrapaba pájaros, hacía remolinos en la charca o golpeaba con un palo los grandes toneles, que resonaban como tambores.

Virginia daba de comer a los conejos, se precipitaba para coger azulinas, y al correr descubría sus pantaloncitos bordados.

Una tarde de otoño volvieron por los prados.

La luna, en cuarto creciente, alumbraba una parte del cielo, y sobre las sinuosidades del Toticques flotaba como una niebla. Unos bueyes, echados en medio del prado, miraban tranquilamente pasar a aquellas cuatro personas. En el tercer pastizal se levantaron algunos y las rodearon. «¡No tengan miedo!», dijo Felicidad; y, murmurando una especie de romance, le pasó la mano por el espinazo al que estaba más cerca; el animal dio media vuelta y los otros le imitaron. Pero, ya atravesado el pastizal siguiente, oyeron un bramido formidable. Era un toro que, por la niebla, no habían visto. Avanzó hacia las dos mujeres. Madame Aubain iba a echar a correr. «¡No, no, no vayáis tan deprisa!» Sin embargo aceleraban el paso y oían detrás de ellas un resoplar sonoro que se iba acercando. Las pezuñas golpeaban como martillos la hierba de la pradera; ¡ahora galopaba! Felicidad se volvió y, con ambas manos, se puso a arrancar terrones y a tirárselos al toro a los ojos. El toro bajaba el morro, sacudía los cuernos y

temblaba de furia bramando horriblemente. Madame Aubain, en la linde del prado con sus dos pequeños, alteradísima, buscaba la manera de franquear el resalto. Felicidad seguía andando hacia atrás ante el toro y tirándole terrones de césped que le cegaban, a la vez que gritaba: «¡Corran, corran!».

Madame Aubain bajó a la zanja, empujó a Virginia, después a Pablo, se cayó varias veces intentando escalar el talud, y a fuerza de valor lo consiguió.

El toro había arrinconado a Felicidad contra una empalizada; su baba le saltaba a la cara; un segundo más y la destripaba. A Felicidad le dio tiempo a colarse entre dos estacas, y el enorme animal, muy sorprendido, se detuvo.

Este trance fue, durante muchos años, tema de conversación en Pont-l'Évêque. Felicidad no se envaneció nada de su hazaña, sin ocurrírsele siquiera que había hecho algo heroico.

Su única preocupación era Virginia, pues le quedó del susto una afección nerviosa, y monsieur Poupart, el doctor, aconsejó los baños de mar de Trouville.

En aquel tiempo no eran frecuentados. Madame Aubain se informó, consultó a Bourais, hizo preparativos como para un largo viaje.

El equipaje salió la víspera, en el carro de Liébard. Al día siguiente trajo dos caballos, uno de ellos con una silla de mujer provista de un respaldo de terciopelo; y en la grupa del segundo, una especie de asiento formado por una capa enrollada. Madame Aubain montó en él, detrás de Liébard. Felicidad se encargó de Virginia, y Pablo montó el asno de monsieur Lechaptois, prestado con la condición de que lo cuidaran mucho.

La carretera era tan mala que tardaron dos horas en recorrer los ocho kilómetros. Los caballos se hundían en el barro hasta las cuartillas, y para salir hacían bruscos movimientos de ancas; o bien tropezaban en los baches; otras veces tenían que saltar. En ciertos lugares, la yegua de Liébard se paraba de pronto. El hombre esperaba pacientemente que echara a andar de nuevo; y hablaba de las personas cuyas propiedades bordeaban el camino, añadiendo a su historia reflexiones morales. Así, en el centro de Toucques, al

pasar bajo las ventanas rodeadas de capuchinas, dijo encogiéndose de hombros: «Ahí tenemos una, madame Lehoussais, que en vez de tomar un mozo...». Felicidad no oyó el resto. Los caballos trotaban, el burro galopaba; tomaron todos por un sendero, se abrió una portilla, aparecieron dos muchachos, y los viajeros se apearon delante del estiércol, en el umbral de puerta.

La tía Liébard, al ver a su ama, se deshizo en demostraciones de alegría. Les sirvió de almuerzo un solomillo, callos, morcilla, pepitoria de gallina, sidra espumosa, una tarta de frutas y ciruelas en aguardiente, todo ello acompañado de cumplidos a la señora, que parecía mejor de salud; a la señorita, que se había puesto «hermosa»; al señorito Pablo, que había engordado mucho; sin olvidar a los difuntos abuelos, a los que los Liébard habían conocido, pues estaban al servicio de la familia desde varias generaciones. La granja tenía, como ellos, un carácter de ancianidad. Las vigas del techo estaban carcomidas; las paredes, negras de humo; los cristales, grises de polvo. En un aparador de roble había toda

clase de utensilios: jarras, platos, escudillas de estaño, trampas de cazar lobos, fórceps para las ovejas; una jeringa enorme hizo reír a los niños. No había en los tres patios un solo árbol que tuviera setas al pie del tronco o una mata de muérdago en las ramas. El viento había derribado varios. Habían retoñado por el centro; y todos se doblaban bajo el peso de las manzanas. Las techumbres de paja, que parecían terciopelo pardo y de desigual espesor, resistían a las más fuertes borrascas. Pero la carretería estaba en ruinas. Madame Aubain dijo que se iba a ocupar de esto, y mandó renovar la guarnicionería.

Tardaron todavía media hora en llegar a Trouville. La pequeña caravana se apeó para pasar Les Écores; era un acantilado al pie del cual se veían los barcos; y, pasados tres minutos, al final del muelle, entraron en el patio de «L'Agneau d'or», en casa de la tía David.

Desde los primeros días, Virginia se sintió menos débil, resultado del cambio de aires y de la acción de los baños. A falta de bañador, los tomaba en camisa, y su muchacha la ves-

tía después en una garita de aduanero que utilizaban los bañistas.

Después de comer iban con el burro más allá de Roches-Noires, por la parte de Hennequeville. Al principio, el sendero subía entre unos terrenos ondulados como el césped de un parque. Luego llegaba a un alto donde alternaban los prados y las tierras labrantías. En las orillas del camino, entre los zarzales, sobresalían los acebos; acá y allá, un gran árbol muerto trazaba sobre el aire azul el zigzag de sus ramas.

Casi siempre descansaban en un prado, con Deauville a la izquierda, Le Havre a la derecha y enfrente el mar abierto. Estaba reluciente de sol, liso como un espejo, tan manso que apenas se oía su murmullo; piaban, escondidos, los gorriones, y todo esto bajo la inmensa cúpula del cielo. Madame Aubain, sentada, trabajaba en su labor de costura; Virginia, junto a ella, trenzaba juncos; Felicidad escardaba flores de espliego; Pablo se aburría y quería marcharse.

Otras veces pasaban el Toucques en barca y buscaban conchas. La marea baja dejaba al

descubierto erizos, moluscos, medusas; y los niños corrían para coger copos de espuma que llevaba el viento. Las olas dormidas, al caer en la arena, se extendían a lo largo de la playa; era tan larga que se perdía de vista, pero por la parte de tierra tenía por límite las dunas, que la separaban del «Maráis», una extensa pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por allí, a cada paso se iba agrandando Trouville, al pie de la ladera del otero, y con todas sus casas desiguales parecía dispersarse en alegre desorden.

Los días de mucho calor, no salían de su cuarto. La deslumbrante claridad de afuera trazaba barras de luz entre las hojas de las celosías. Ningún ruido en el pueblo. Abajo, en la acera, nadie. Este dilatado silencio acentuaba la tranquilidad de las cosas. A lo lejos, los martillos de los calafates taponaban carenas, y una brisa pegajosa traía el olor del alquitrán.

La principal diversión era la arribada de los barcos. En cuanto pasaban las balizas, empezaban a zigzaguear. Arriaban las velas hasta los dos tercios de los mástiles; y, con la me-

sana inflada como un globo, avanzaban, se deslizaban en el chapoteo de las olas hasta el medio del puerto, donde echaban de repente el ancla. En seguida el barco se arrimaba al muelle. Los marineros descargaban por la borda montones de peces palpitantes; los esperaba una fila de carros, y unas mujeres con gorro de algodón se precipitaban a coger los cestos y a besar a sus hombres.

Un día, una de ellas abordó a Felicidad, y al poco rato entró ésta muy contenta en la habitación. Había encontrado a una hermana; y apareció Anastasia Baret, casada con Leroux, llevando un niño de teta en brazos, de la mano derecha a otro niño, y a su izquierda un grumetillo con los puños en las caderas y la boina sobre la oreja.

Al cuarto de hora, madame Aubain la despidió.

Los encontraban siempre cerca de la cocina, o en los paseos que daban. Al marido no se le veía.

Felicidad les tomó cariño. Les compró una manta, camisas, un hornillo; era evidente que la explotaban. Esta flaqueza irritaba a mada-

me Aubain, a la que además no le gustaban las familiaridades del sobrino -pues tuteaba a su hijo-; y como Virginia tosía y la estación no era buena, madame Aubain volvió a Pont-l'Évéque.

Monsieur Bourais la aconsejó sobre la elección de un colegio. El de Caen tenía fama de ser el mejor. A él mandaron a Pablo; se despidió valiente, satisfecho de ir a vivir en una casa donde habría chicos como él.

Madame Aubain se resignó a separarse de su hijo, porque era necesario. Virginia pensaba en él cada vez menos. Felicidad echaba en falta la bulla que metía. Pero vino a distraerla una ocupación; a partir de Navidad, llevaba todos los días a la niña al catecismo.

III

Hacía en la puerta una genuflexión, avanzaba bajo la alta nave entre la doble fila de sillas, abría el banco de madame Aubain, se sentaba y echaba una mirada en torno suyo.

Los niños a la derecha, las niñas a la izquierda, ocupaban los asientos del coro; el cura permanecía de pie junto al atril; en una vidriera del ábside, el Espíritu Santo dominaba a la Virgen; en otra estaba de rodillas ante el Niño Jesús, y, detrás del tabernáculo, un grupo tallado en madera representaba a San Miguel abatiendo al dragón.

El cura empezó por resumir la historia sagrada. Felicidad creía estar viendo el paraíso, el Diluvio, la torre de Babel, las ciudades envueltas en llamas, pueblos que morían, ídolos derribados. Y de este deslumbramiento conservó el respeto al Altísimo y el temor a su cólera. Después lloró escuchando la pasión. ¿Por qué le habían crucificado, a Él que amaba a los niños, alimentaba a las multitudes, curaba a los ciegos y había querido, por bondad, nacer en medio de los pobres, sobre el estiércol de un establo? En su vida se encontraban las sementeras, las cosechas, los lagares, todas esas cosas familiares de que habla el Evangelio; el paso de Dios las había santificado; y amó más tiernamente a los corderos

por amor del Cordero, a las palomas por el Espíritu Santo.

Le costaba trabajo imaginar su persona; pues no era sólo pájaro, sino también una llama, y otras veces un hálito. Acaso es su luz lo que revolotea por la noche en las orillas de las charcas, su aliento lo que empuja a las nubes, su voz lo que hace armoniosas las campanas; y permanecía en adoración, gozando del frescor de las paredes y de la calma de la iglesia.

En cuanto a los dogmas, no entendía nada, ni siquiera intentó entender. El cura hablaba, los niños recitaban, Felicidad acababa por dormirse; y se despertaba de pronto, cuando los niños se iban repiqueteando con los zuecos sobre las losas.

De esta manera, a fuerza de oírlo, aprendió el catecismo, pues no había tenido en la niñez una instrucción religiosa; y desde entonces imitó todas las prácticas de Virginia, ayunando como ella, confesándose cuando ella. Para el día del Corpus, hicieron un monumento.

La primera comunión la atormentaba de antemano. Se azacaneó para los zapatos,

para el rosario, para el libro, para los guantes. ¡Con qué temblor ayudó a la madre a vestirla!

Durante toda la misa sintió una especie de angustia. Monsieur Bourais le impedía ver una parte del coro; pero, justamente enfrente, el rebaño de las vírgenes con sus coronas blancas encima de los velos echados sobre la cara formaba como un campo de nieve. Y Felicidad reconocía de lejos a su querida pequeña por el cuello más bonito y el continente más recogido. Sonó la campanilla. Se inclinaron las cabezas; y hubo un silencio. Cuando el órgano rompió a tocar, los chantres y la multitud entonaron el Agnus Dei; luego comenzó el desfile de los niños; y, después de ellos, se levantaron las niñas. Paso a paso, juntas las manos, se dirigían al altar todo iluminado, se arrodillaban en el primer escalón, recibían la hostia sucesivamente, y en el mismo orden volvían a sus reclinatorios. Cuando le llegó el turno a Virginia, Felicidad se inclinó para verla; y, con la imaginación que dan los verdaderos amores, le pareció que ella misma era aquella niña; su cara era la de ella, su vestido la vestía a ella, su corazón latía en su propio

pecho; en el momento en que la niña abrió la boca, cerrando los párpados, Felicidad estuvo a punto de desmayarse.

Al día siguiente, temprano, se presentó en la sacristía para que el señor cura le diera la comunión. La recibió devotamente, pero no gustó las mismas delicias.

Madame Aubain quería que su hija fuera una señorita muy cumplida; y como Gullot no podía enseñarle inglés ni música, decidió ponerla interna en las ursulinas de Honfleur.

La niña se avino sin dificultad. Felicidad suspiraba, encontrando insensible a la señora. Después pensó que a lo mejor su ama tenía razón. Estas cosas rebasaban sus luces.

Por fin, un día paró a la puerta un carruaje y se bajó de él una monja que iba a buscar a la señorita. Felicidad subió el equipaje a la imperial, hizo recomendaciones al cochero y puso en el baúl seis tarros de mermelada y una docena de peras, junto con un ramillete de violetas.

En el último momento, Virginia se echó a llorar a lágrima viva; se abrazaba a su madre, que la besaba en la frente repitiendo: «¡Va-

mos, sé valiente, sé valiente!». Levantóse el estribo y el coche se puso en marcha.

Entonces la entereza de madame Aubain flaqueó; y aquella noche se presentaron para consolarla todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, madame Lechaptois, las niñas Rochefeuille, monsieur de Hotippeville y Bourais.

Al principio, la privación de su hija le fue muy penosa. Pero tres veces por semana recibía carta suya, los otros días le escribía ella, paseaba por el jardín, leía un poco, y de este modo llenaba el vacío de las horas.

Por la mañana, Felicidad entraba por costumbre en el cuarto de Virginia y contemplaba las paredes. Le daba pena no tener ya que peinarla, atarle los cordones de las botas, arroparla en la cama. Y no estar viendo siempre su linda cara, no llevarla de la mano cuando salían juntas. Probó a llenar el tiempo haciendo encaje. Sus dedos, demasiado torpes, rompían los hilos; no entendía nada, había perdido el sueño, estaba -tal era su palabra- «minada». Por «distraerse», pidió permiso para recibir a su sobrino Víctor.

Llegaba los domingos después de misa, colorados los carrillos, desnudo el pecho, y oliendo al campo que había atravesado. Felicidad se apresuraba a ponerle la mesa. Almorzaban uno frente a otro, y, comiendo ella lo menos posible por ahorrar gasto, le atiborraba tanto de comida que el muchacho acababa por dormirse. A la primera campanada del toque a vísperas, le despertaba, le cepillaba el pantalón, le hacía el lazo de la corbata y se iba a la iglesia apoyada en el brazo del sobrino con un orgullo maternal.

Los padres le encargaban siempre que se llevara algo, un paquete de azúcar terciada, jabón, aguardiente, a veces hasta dinero. Le llevaba sus pingos a la tía para que se los remendara, y Felicidad aceptaba esta tarea contenta porque aquello le obligaba a volver.

En agosto, el padre le embarcó en el cabotaje.

Era tiempo de vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Pablo se estaba volviendo caprichoso y Virginia ya no tenía edad para tutearla, lo que determinaba una situación violenta, una barrera entre ellas.

Víctor navegó sucesivamente a Morlaix, a Dunkerque y a Brighton; de cada viaje le traía un regalo. La primera vez fue una caja de conchas; la segunda, una taza de café; la tercera, un gran *pain d'épice* en forma de hombre. Iba siendo un guapo mozo, buen tipo, un poco de bigote, bonitos ojos francos, y una gorra de cuero echada hacia atrás como un piloto. La entretenía contándole historias con términos marineros.

Un lunes, 14 de julio de 1819 (Felicidad no olvidó la fecha), Víctor le dijo que se había enrolado para travesías largas, y que, a los dos días, se iría en el barco de línea de Honfleur, para embarcar en su goleta, que zarparía pronto de Le Havre. Quizá tardaría dos años en volver.

La perspectiva de tan larga ausencia puso muy triste a Felicidad; y para despedirse de él otra vez, el miércoles por la noche, después de cenar con la señora, calzó los zuecos y se tragó las cuatro leguas que separan Pont-l'Évêque de Honfleur.

Cuando llegó al Calvario, en vez de tomar a la izquierda tomó a la derecha, se perdió en

unas obras, volvió sobre sus pasos; unas personas a quienes preguntó le dijeron que se diera prisa. Bordeó la dársena llena de barcos, tropezaba con las amarras; después el terreno fue bajando, se entrecruzaron luces, y Felicidad se creyó loca porque veía caballos en el cielo.

En el borde del muelle relinchaban otros, asustados por el mar. Un polipasto los levantaba del muelle y los bajaba a un barco, donde se tropezaban unos viajeros entre barriles de sidra, cestos de quesos, sacos de cereales; se oía cacarear gallinas, el capitán juraba, y un grumete permanecía de codos en la serviola, indiferente a todo aquello. Felicidad, que no le había reconocido, gritaba: «¡Víctor!»; el grumete levantó la cabeza; cuando Felicidad se lanzaba hacia él, retiraron de pronto la pasarela.

El barco, que unas mujeres remolcaban cantando, salió del puerto. Crujían las cuernas, lentas olas le azotaban la proa. La vela había girado, ya no se veía a nadie; y ponía sobre el mar plateado por la luna una

mancha negra que iba palideciendo, hasta que se hundió en el horizonte.

Al pasar por el Calvario, Felicidad quiso encomendar a Dios a lo que más quería; y rezó mucho tiempo, de pie, llena de lágrimas la cara, los ojos mirando a las nubes. La ciudad dormía, rondaban unos aduaneros; y por las bocas de la esclusa caía sin parar el agua, con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no se abría antes de amanecer. Seguro que si volvía tarde se enfadaría la señora; y, a pesar de su deseo de dar un beso a la otra niña, Felicidad no esperó. Cuando entraba en Pont-l'Évéque, se despertaban las mozas de la fonda.

¡De modo que el pobre chiquillo iba a pasar meses corriendo el mundo sobre las olas! Sus anteriores viajes no la habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se volvía; pero América, las Colonias, las Islas, todo eso estaba allá perdido Dios sabe dónde, en el fin del mundo.

Y Felicidad ya no pensó más que en su sobrino. Los días de sol, la atormentaba la sed; cuando había tormenta, temía por él al rayo. Al oír el viento que zumbaba en la chimenea y

se llevaba las pizarras, le veía azotado por aquella misma tempestad, en la punta de un mástil partido, todo el cuerpo hacia atrás, bajo una sábana de espuma; o bien -recuerdo de la geografía en estampas- se lo comían los salvajes, se lo llevaban los monos a un bosque, se moría caminando a través de una playa desierta. Y Felicidad no hablaba nunca de sus preocupaciones.

Madame Aubain tenía otras por su hija.

Las buenas de las monjas decían que era cariñosa, pero delicaducha. La menor emoción la perturbaba. Hubo que abandonar el piano.

Su madre exigía al convento una correspondencia fija. Una mañana que el cartero no llegaba, madame Aubain se impacientó; se paseaba por la sala, de la butaca a la ventana. ¡Era verdaderamente extraordinario! ¡Cuatro días sin noticias!

Para que se consolara con su ejemplo, Felicidad le dijo:

-Pues yo, señora, hace seis meses que no tengo carta...

-¿De quién?

La criada contestó despacio:

-Pues... de mi sobrino.

-¡Ah, tu sobrino! -y madame Aubain, encojiéndose de hombros, reanudó su paseo, lo que quería decir: «¡Ni me acordaba de él!... Además, a mí qué me importa. Un grumete, un zarramplín, ¡vaya una cosa!... Mientras que mi hija... ¡qué ocurrencia! ... ».

Felicidad, aunque de crianza rústica, se indignó contra la señora, luego olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza por causa de la pequeña.

Los dos niños tenían la misma importancia; los unía en su corazón, y su destino tenía que ser el mismo.

El boticario le dijo que el barco de Víctor había llegado a La Habana. Él lo había leído en un periódico.

Por los cigarros puros, Felicidad se figuraba que La Habana era un país donde no se hacía otra cosa que fumar, y que Víctor circulaba entre negros en una nube de humo de tabaco.

¿Se podía «en caso de apuro» regresar por tierra? ¿A qué distancia estaba de Pont-l'Evéque? Para saberlo, preguntó a monsieur Bourais.

El hombre alcanzó su atlas, después se metió en explicaciones sobre las longitudes; y tenía una sonrisa bondadosa, de maestro, ante el pasmo de Felicidad. Por último, con su lapicero, señaló en los picos de una mancha ovalada un punto negro, imperceptible, añadiendo: «Aquí está». Felicidad se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas de colores le cansaba la vista y no le decía nada; y como Bourais la invitara a decir cuál era su perplejidad, Felicidad le pidió que le señalara la casa donde estaba Víctor. Bourais levantó los brazos, estornudó, se rió muchísimo; semejante candor suscitaba su jovialidad; y Felicidad no entendía el motivo, ella que esperaba quizá ver hasta el retrato de su sobrino, pues así de limitada era su inteligencia.

Pasados quince días, a la hora del mercado, como de costumbre entró Liébard en la cocina y le entregó una carta que mandaba el cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, Felicidad recurrió a su señora.

Madame Aubain, que estaba contando los puntos de una labor de aguja, la posó a su

lado, abrió la carta, se estremeció y, en voz baja, con una mirada profunda:

-Es una desgracia... que te comunican. Tu sobrino...

Había muerto. La carta no decía más.

Felicidad se derrumbó sobre una silla, apoyando la cabeza en la pared, y cerró los párpados, que se le pusieron de pronto color de rosa. Después, inclinada la frente, las manos colgando, fijos los ojos, repetía a intervalos:

-¡Pobre chiquillo! ¡Pobre chiquillo!

Liébard la contemplaba suspirando. Madame Aubain temblaba un poco.

Le propuso ir a Trouville a ver a su hermana.

Felicidad contestó, con un gesto, que para qué.

Hubo un silencio. El bueno de Liébard juzgó conveniente retirarse.

Entonces Felicidad dijo:

-¡A ellos qué les importa!

Volvió a bajar la cabeza y de vez en cuando, maquinalmente, levantaba las largas agujas sobre el costurero.

Pasaron al patio unas mujeres con unas angarillas de las que goteaba un montón de ropa que acababan de lavar.

Felicidad, al verlas a través de los cristales, se acordó de su colada; la había hecho la víspera, pero había que aclararla; y salió de la casa.

Su tabla y su tina estaban en la orilla del Toucques; echó junto a ella un montón de camisas, se remangó, empuñó la pala; y los fuertes golpes que daba llegaban a las huertas de al lado. Los prados estaban desiertos, el viento agitaba el río; al fondo se inclinaban grandes hierbas, como cabelleras de cadáveres flotando en el agua. Felicidad contenía su pena, estuvo hasta la noche muy valiente; pero, ya en su cuarto, se entregó, boca abajo sobre el colchón, la cara en la almohada y los puños en las sienes.

Pasado mucho tiempo, supo por el propio capitán de Víctor las circunstancias de su fin. Le habían sangrado demasiado en el hospital, por la fiebre amarilla. Le sujetaban cuatro médicos a la vez. Murió inmediatamente, y el jefe dijo: «¡Bueno, uno más!».

Los padres le habían tratado siempre brutalmente. Felicidad prefirió no verlos nunca más; y ellos tampoco se preocuparon de ella, por olvido o por el endurecimiento que da la miseria.

Virginia se iba debilitando.

Opresión en el pecho, tos, una fiebre continua y unas rosetas en los pómulos denotaban una afección profunda. Monsieur Poupart había aconsejado una temporada en Provenza. Madame Aubain se decidió y, de no ser por el clima de Pont-l'Évêque, se habría traído en seguida a su hija a casa.

Concertó un arreglo con un hombre que alquilaba coches; la llevaba al convento los martes. En el jardín hay una terraza desde la cual se ve el Sena. Virginia paseaba por ella del brazo de su madre, sobre las hojas de parra caídas. A veces, mirando las velas en la lejanía y todo el horizonte, desde el castillo de Tancarville hasta los faros de Le Havre, el sol, atravesando las nubes, la obligaba a entornar los párpados. Después descansaban en el cenador. La madre se había procurado un pequeño barril de excelente vino de Málaga; y,

riendo ante la idea de emborracharse, la niña bebía dos dedos, nada más.

Recuperó las fuerzas. Transcurrió el otoño apaciblemente. Felicidad tranquilizaba a madame Aubain. Pero una noche en que había ido a llevar un recado a las cercanías, encontró ante la puerta el cabriolé de monsieur Poupart; monsieur Poupart estaba en el vestíbulo. Madame Aubain se estaba atando el sombrero.

-Dame la rejilla, la bolsa, los guantes. ¡Más deprisa!

Virginia tenía un fluxión de pecho; era quizás caso desesperado.

-¡Todavía no! -dijo el médico; y subieron los dos al coche, bajo los copos de nieve que caían en torbellino. Estaba anocheciendo. Hacía mucho frío.

Felicidad se precipitó a la iglesia para encender una vela. Después corrió detrás del cabriolé y lo alcanzó al cabo de una hora, saltó ligeramente por la trasera y, sostenida en las espirales, se acordó de una cosa: ¡No habían cerrado el patio! ¡Mira que si entraran ladrones! Y se bajó.

Al amanecer del día siguiente se presentó en casa del médico: había vuelto y se había marchado de nuevo al campo. Después Felicidad se quedó en la fonda, creyendo que unos desconocidos traerían una carta. Por fin, al apuntar el alba, tomó la diligencia de Lisieux.

El convento estaba al final de una callecita escarpada. A mitad de la cuesta, le llegaron unos sones extraños, un toque a muerto. «Es por otro», pensó; y tiró fuertemente de la aldaba.

A los pocos minutos arrastraron unas chancletas, se entreabrió la puerta y apareció una monja.

La buena de la hermana dijo, con aire compungido, que «acababa de pasar a mejor vida». Al mismo tiempo tocaban a muerto las campanas de Saint-Léonard.

Felicidad llegó al segundo piso.

Desde el umbral divisó a Virginia tendida de espaldas, las manos juntas, la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás bajo una cruz negra inclinada sobre ella, entre las cortinas inmóviles, menos blancas que su cara. Madame Aubain, al pie de la cama, abrazada a

ella, hipaba con estertores de agonía. A la derecha estaba, de pie, la superiora. Tres candeleros sobre la cómoda proyectaban unas manchas rojas, y la niebla blanqueaba las ventanas. Unas monjas se llevaron a madame Aubain.

Felicidad se quedó dos noches al lado de la muerta. Repetía las mismas oraciones, echaba agua bendita sobre las sábanas, volvía a sentarse, la contemplaba. Al final de la primera vela, observó que la cara se había puesto amarilla, los labios azulencos, la nariz afilada, los ojos hundidos. Se los besó varias veces; y no se habría asombrado mucho si Virginia los hubiera abierto; para estas almas, lo sobrenatural es completamente natural. La lavó, la envolvió en el sudario, la bajó al ataúd, le puso una corona, le extendió el pelo. Era rubio y extraordinariamente largo para su edad. Felicidad cortó un gran mechón y se guardó la mitad en el pecho, decidida a no desprenderse nunca de él.

El cadáver fue trasladado a Pont-l'Évêque, porque así lo dispuso madame Aubain, que

seguía al carruaje fúnebre en un coche cerrado.

Después de la misa, tardaron tres cuartos de hora más en llegar al cementerio. Pablo iba en cabeza y llorando. Detrás monsieur Bourais, luego los principales habitantes, las mujeres, con mantones negros, y Felicidad. Pensaba en su sobrino y, como a él no había podido rendirle aquellos honores, era una tristeza doble, como si le enterraran con la otra.

La desesperación de madame Aubain rebasó todo límite.

Empezó por rebelarse contra Dios, acusándole de injusto por haberle quitado a su hija -ia su hija, que nunca había hecho mal y tenía la conciencia tan pura!-. ¡Pero no!: ella debía haberla llevado al Midi. ¡Otros médicos la habrían salvado! Se acusaba, quería irse con ella, gritaba de angustia en medio de sus pesadillas. La obsesionaba sobre todo una. Su marido, vestido de marinero, volvía de un largo viaje y le decía llorando que había recibido orden de llevarse a Virginia. Entonces se concertaban para buscar un escondrijo en algún sitio.

Una vez volvió de la huerta como enloquecida. Acababan de aparecérselo (señalaba el lugar) el padre y la hija uno tras otro, y no hacían nada; la miraban.

Pasó varios meses en su cuarto, inerte. Felicidad la sermoneaba bondadosamente; tenía que vivir para su hijo, y para la otra, en recuerdo «de ella».

-¿Ella? -exclamaba madame Aubain como despertándose-. ¡Ah, sí!... ¡Sí!... ¡Tú no la olvidas! -alusión al cementerio, que a ella le había sido escrupulosamente vedado.

Felicidad iba todos los días.

A las cuatro en punto salía, bordeaba las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba a la tumba de Virginia. Era una pequeña columna de mármol rosa, con una losa al pie y unas cadenas en torno cerrando un jardincillo. Los arriates desaparecían bajo una alfombra de flores. Felicidad regaba las hojas, cambiaba la arena, se arrodillaba para remover mejor la tierra. Cuando madame Aubain pudo ir al cementerio, sintió un alivio, una especie de consuelo.

Y pasaron los años, todos iguales y sin más episodios que la repetición de las fiestas mayores: las Pascuas, la Asunción, Todos los Santos. Algunos acontecimientos domésticos marcaban una fecha, a la que se referían pasado el tiempo. Por ejemplo, en 1825, dos vidrieros embadurnaron el vestíbulo; en 1827, cayó al patio una parte del tejado y estuvo a punto de matar a un hombre. En el verano de 1828, le tocó a la señora ofrecer el pan bendito; por esta misma época se ausentó Bourais misteriosamente; y poco a poco se fueron yendo los viejos amigos: Gullot, Liébard, madame Lechaptois, Robelin, el tío Gremanville, paralítico desde hacía tiempo.

Una noche, el conductor del coche correo llevó a Pont-l'Évéque la noticia de la Revolución de Julio. A los pocos días llegó un nuevo subprefecto: el barón de Larsonnière, ex cónsul en América, y que tenía en su casa, además de su mujer, a su cuñada con tres hijas, ya bastante mayorcitas. Se las veía en el jardín, vestidas con unas batas flotantes; tenían un negro y un loro. Madame Aubain recibió su visita y no dejó de devolvérsela. En cuanto

Felicidad las veía aparecer, por muy lejos que fuera, corría a avisar a su señora. Pero sólo una cosa era capaz de impresionar a madame Aubain: las cartas de su hijo.

Disipado en los cafés, no podía seguir ninguna carrera. La madre le pagaba las deudas, él contraía otras; y los suspiros que lanzaba madame Aubain haciendo punto junto a la ventana llegaban hasta Felicidad, que hilaba en la cocina.

Se paseaban juntas a lo largo del emparra-do; y hablaban siempre de Virginia, preguntándose si esto o aquello le habría gustado, qué habría dicho probablemente en esta o aquella ocasión.

Todas sus cosas ocupaban un armario en la habitación de dos camas. Madame Aubain las revisaba de tarde en tarde. Un día de verano, se resignó; y volaron del armario las mariposas de la polilla.

Los vestidos estaban colocados bajo una tabla donde había tres muñecas, unos aros, un juego de cocina, la palangana que ella usaba. Sacaron también las falditas, las medias, los pañuelos, y lo extendieron todo so-

bre dos camas antes de volver a doblarlo. El sol iluminaba aquellas pobres prendas, destacando las manchas y las arrugas formadas por los movimientos del cuerpo. El aire era caliente y azul, gorjeaba un mirlo, todo parecía vivir en una profunda dulzura. Encontraron un sombrerito de felpa, de pelo largo, color marrón; estaba todo apolillado. Felicidad lo pidió para ella. Se miraron fijamente, se les llenaron de lágrimas los ojos; la señora acabó por abrir los brazos, la criada se arrojó en ellos; y se abrazaron, uniendo su dolor en un beso que las igualaba.

Era la primera vez en su vida, pues madame Aubain no tenía un carácter expansivo. Felicidad se lo agradeció como una donación, y desde entonces la quiso con una lealtad animal y una veneración religiosa.

La bondad de su corazón fue desarrollándose.

Cuando oía en la calle los tambores de un regimiento en marcha, salía a la puerta con un cántaro de sidra y ofrecía de beber a los soldados. Asistió a los enfermos de cólera. Protegía a los polacos; y hasta hubo uno que

le propuso casarse con él. Pero se enfadaron; pues una mañana, al volver Felicidad del Angelus, le encontró en la cocina, donde se había introducido y se había preparado una vinagreta que estaba comiendo tranquilamente.

Después de los polacos, fue el tío Colmiche, un viejo que tenía fama de haber hecho horrores el 93. Vivía a la orilla del río, en los escombros de una porqueriza. Los chicuelos le miraban por las rendijas de la pared y le tiraban piedras que caían en el camastro donde yacía, continuamente sacudido por un catarro, con el pelo muy largo, inflamados los párpados y en el brazo un tumor más grande que su cabeza. Felicidad le procuró ropa interior, trató de limpiar su tugurio, maquinaba trasladarle al amasadero de la casa, sin que molestara a la señora. Cuando reventó el cáncer, le vendaba todos los días, a veces le llevaba bizcochos, le ponía al sol sobre una brazada de paja; y el pobre viejo, babeando y temblando, se lo agradecía con su voz apagada; tenía miedo de perderla, extendía las manos en cuanto la veía alejarse. Murió; Felicidad

mandó decir una misa por el descanso de su alma.

Aquel día recibió una gran alegría: a la hora de comer se presentó el negro de madame de Larsonnière llevando el loro en su jaula, con su percha, la cadena y el candado. La baronesa le decía en una esquela a madame Aubain que habían ascendido a su marido a una prefectura y se marchaban aquella noche; y le rogaba que aceptase aquel pájaro, como recuerdo y en testimonio de sus respetos.

El loro ocupaba desde hacía mucho tiempo la imaginación de Felicidad, porque venía de América, y esta palabra le recordaba a Víctor, tanto que le hacía preguntas al negro. Una vez llegó a decir: «¡Cuánto le gustaría a la señora tenerlo!».

El negro se lo contó a su ama, y ésta, no pudiendo llevarlo, se deshacía de él de aquella manera.

IV

El loro se llamaba Lulú. Tenía el cuerpo verde, rosa la punta de las alas, la frente azul y el buche dorado.

Pero se empeñaba en la molesta manía de morder la percha, se arrancaba las plumas, esparcía su excremento, derramaba el agua del recipiente donde se bañaba; a madame Aubain la importunaba, y se lo dio para siempre a Felicidad.

Felicidad se dedicó a enseñarle; el loro no tardó en repetir: «¡Niño bonito! ¡Servidor, caballero! ¡Dios te salve, María!». Le había hecho un sitio detrás de la puerta, y a algunos les extrañaba que no contestara al nombre de Perico, pues todos los loros se llaman Perico. Decían que era un pavo, un adoquín: esto era para Felicidad como una puñalada. ¡Qué manía la de Lulú de dejar de hablar en cuanto le miraban!

Sin embargo, el loro buscaba la compañía; pues los domingos, mientras las señoritas Rochefeuille, monsieur de Houppeville y nue-

vos visitantes -Onfroy el boticario, monsieur Varin y el capitán Mathieu- jugaban su partida de cartas, Lulú pegaba en los cristales con las alas y armaba tal zambra que era imposible entenderse.

La cara de Bourais debía de hacerle mucha gracia. En cuanto le veía, empezaba a reír, a reír con todas sus fuerzas. El estrépito de su voz saltaba al patio, el eco lo repetía, los vecinos se asomaban a las ventanas, se reían también; y monsieur Bourais, para que el loro no le viera, andaba pegado a la pared, disimulando su perfil con el sombrero, llegaba al río y entraba por la puerta de la huerta; y las miradas que le echaba al pájaro no eran precisamente cariñosas.

El chico de la carnicería le había dado a Lulú un papirotazo, porque se había permitido meter la cabeza en su cesta; y desde entonces el loro trataba siempre de darle picotazos a través de la camisa. Fabu amenazaba con retorcerle el pescuezo, y eso que no era cruel, a pesar del tatuaje que tenía en los brazos y de las grandes patillas. Al contrario, al loro le tenía más bien simpatía, y hasta quiso diver-

tirse enseñándole palabrotas. A Felicidad la asustaban estas cosas y lo puso en la cocina. Le quitó la cadena y el loro andaba suelto por la casa.

Cuando bajaba la escalera, apoyaba en los peldaños la curva del pico, levantaba la pata derecha, luego la izquierda; y Felicidad tenía miedo de que esta gimnasia le mareara. Se puso malo, no podía hablar ni comer. Era un bultito que tenía debajo de la lengua, como lo tienen a veces las gallinas. Felicidad le curó, quitándole aquella costra con las uñas. Un día, el señorito Pablo cometió la imprudencia de soplarle en las narices el humo de un cigarro; otra vez que madame Lormeau se puso a hacerle rabiar con su sombrilla, le agarró con el pico la contera; por último se perdió.

Felicidad le había posado en la hierba para refrescarle y se alejó un momento; cuando volvió, el loro había desaparecido. Le buscó en los bardales, a la orilla del agua y por los tejados, sin escuchar a su señora, que le gritaba:

-¡Ten cuidado! ¡Estás loca!

Después se puso a buscarle por todos los jardines de Pont-l'Évêque; paraba a los transeúntes. «¿Ha visto usted por casualidad a mi loro?» A los que no le conocían se lo describía.

De pronto creyó distinguir detrás de los molinos, al pie de la cuesta, una cosa verde que revoloteaba. ¡Pero nada! Un buhonero le aseguró que lo había visto hacía un momento en Saint-Melaine, en la tienda de la tía Simon. Allá se fue corriendo. No sabían lo que quería decir. Por fin volvió, cansadísima, con las chancletas todas rotas, muerta de pena; y, sentada en medio del banco, junto a la señora, le estaba contando todas sus diligencias, cuando le cayó sobre el hombro un ligero peso: ¡Lulú! ¿Qué diablos había estado haciendo? ¡A lo mejor había ido de paseo por los alrededores!

A Felicidad le costó trabajo reponerse del susto, o más bien no se repuso nunca.

Cogió un enfriamiento y le vino una angina; al poco tiempo, un dolor de oídos; al cabo de tres años, estaba sorda; hablaba muy alto, hasta en la iglesia. Aunque sus pecados podían

an difundirse por todos los pueblos de la diócesis sin deshonor para ella ni escándalo para el mundo, el señor cura juzgó oportuno no confesarla más que en la sacristía.

Unos zumbidos ilusorios acababan de trastornarla. Su señora solía decirle: «¡Dios mío, qué tonta eres!», y ella contestaba: «Sí, señora», buscando algo en torno suyo.

El pequeño círculo de sus ideas se redujo más aún, y ya no existían para ella el carillón de las campanas, el mugido de las vacas. Todos los seres funcionaban con el silencio de los fantasmas. Ahora ya sólo un ruido llegaba a sus oídos, la voz del loro.

Como para distraerla, reproducía el tic-tac del asador, el agudo pregón de un pescadero, la sierra del carpintero de enfrente; y cuando sonaba la campanilla, remedaba a madame Aubain: «¡Felicidad, la puerta, la puerta!».

Sostenían diálogos, él repitiendo hasta la saciedad las tres frases de su repertorio, y ella contestando con palabras que ya no tenían sentido, pero en las que le rebosaba el corazón. En su aislamiento, Lulú era casi un hijo, un novio. Le subía por los dedos, le mor-

disqueaba los labios, se le agarraba al chal; y cuando Felicidad bajaba la frente balanceando la cabeza como las nodrizas, las grandes alas del gorro y las alas del pájaro se estremecían juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y retumbaba el trueno, Lulú se ponía a gritar, recordando quizá los aguaceros de sus selvas natales. El correr del agua le producía una especie de delirio; revoloteaba como loco, se subía al techo, lo tiraba todo, y se iba por la ventana a chapotear en la huerta; pero volvía en seguida a posarse en uno de los morillos, y, dando saltitos para secarse las plumas, tan pronto mostraba la cola como el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837, Felicidad, que le había puesto frente a la chimenea por el frío, le encontró muerto en medio de la jaula, cabeza abajo y agarrado con las uñas a los alambres. Debió de matarle una congestión. Felicidad creyó que le habían envenenado con perejil, y, aunque no tenía ninguna prueba, sospechó de Fabu.

Lloró tanto que su ama le dijo:
-¡Bueno, manda disecarlo!

Pidió consejo al boticario, que siempre había sido bueno para el loro.

El boticario escribió a Le Havre. Un tal Fellicher se encargó de esta tarea. Pero, como las diligencias extraviaban a veces los paquetes, Felicidad decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

En las orillas de la carretera desfilaban los manzanos sin hojas. Las cunetas estaban cubiertas de hielo. Aullaban los perros en torno a las casas de labranza; y Felicidad, con las manos metidas debajo de la toquilla, con sus pequeños zuecos negros y su capacho, caminaba deprisa por el medio de la carretera.

Atravesó el bosque, pasó Haut-Chéne, llegó a Saint-Gatien.

Detrás de ella, un coche correo envuelto en una nube de polvo, y acelerando cuesta abajo a galope tendido, se precipitaba como una tromba. Viendo que aquella mujer no se apartaba, el conductor se asomó por encima de la capota y el postillón se puso también a gritar, mientras que los cuatro caballos, que no podía sujetar, aceleraban la marcha; los dos primeros la rozaban ya; el conductor, de un

tirón de las bridas, los echó al borde, pero, furioso, levantó el brazo y volteándolo a todo lo que daba, le cruzó a Felicidad el cuerpo con la fusta desde el vientre hasta el moño, y el golpe fue tan fuerte que la tumbó de espaldas.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que hizo fue abrir la cesta. Por suerte, Lulú no tenía nada. Sintió una quemadura en la mejilla derecha; se llevó a ella las manos y se le pusieron rojas. Sangraba.

Se sentó en un montón de grava, se tapó la cara con el pañuelo, después comió un mendrugo de pan que había puesto en la cesta por precaución. Y se consolaba de su herida mirando al pájaro.

Al llegar al alto de Ecquemauville, vio las luces de Honfleur, que centelleaban en la noche como estrellas; más lejos, se extendía confusamente el mar. Un desfallecimiento la hizo detenerse; y volvieron en tropel, como las olas de una marea, apretándole la garganta, la miseria de su infancia, la decepción del primer amor, la partida de su sobrino, la muerte de Virginia.

Después quiso hablar con el capitán del barco; y, sin decir lo que iba en el paquete, le pidió que lo cuidaran bien.

Fellacher tardó mucho en devolver el loro. Prometía siempre mandarlo la semana siguiente; al cabo de seis meses, anunció que salía una caja; y no se habló más del asunto. Era cosa de creer que Lulú no volvería nunca. «¡Me lo habrán robado!», pensaba Felicidad.

Por fin llegó, y llegó espléndido, muy erigido en una rama de árbol atornillada en una peana de caoba, una pata en el aire, la cabeza entornada, y mordiendo una nuez, que el disecador, por amor a lo grandioso, había pintado de purpurina.

Felicidad lo puso en su cuarto.

Este lugar, donde dejaba entrar a poca gente, parecía una mezcla de capilla y de bazar, tan lleno como estaba de objetos religiosos y de cosas heteróclitas.

Había un gran armario que estorbaba para abrir la puerta. Enfrente de la ventana, dando a la huerta, un ojo de buey mirando al patio; junto al catre de tijera, una mesa con un jarro de agua, dos peines y un pedazo de jabón

azul en un plato desportillado. En las paredes se veían rosarios, medallas, varias vírgenes, una pila de agua bendita hecha de una cáscara de coco; sobre la cómoda, cubierta con un paño como un altar, la caja de conchas que le había regalado Víctor; además una regadera y un globo, cuadernos de caligrafía, la geografía en estampas, un par de botinas; y, en el clavo del espejo, el sombrero de felpa colgado por las cintas. Felicidad llevaba tan lejos esta clase de respeto que hasta conservaba una levita del señor. Todas las antiguallas que ya no quería madame Aubain las cogía ella para su cuarto. Así es que había flores artificiales en el borde de la cómoda, y el retrato del conde de Artois en el hueco de la claraboya. Lulú quedó acomodado sobre una tablilla clavada en un saliente de la chimenea. Por las mañanas, al despertarse, Felicidad lo veía a la luz del alba, y entonces se acordaba de los días desaparecidos, y de cosas insignificantes, hasta en los menores detalles, y se acordaba sin dolor, plena de tranquilidad.

Como no trataba con nadie, vivía en un torpor de sonámbula. Las procesiones del

Corpus la reanimaban. Iba a pedir a los vecinos antorchas y esteras para adornar el altar que levantaban en la calle.

En la iglesia, se quedaba siempre contemplando al Espíritu Santo, y observó que tenía algo del loro. Su semejanza le pareció más manifiesta aún en una imagen de Epinal que representaba el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas de púrpura y su cuerpo de esmeralda, era el vivo retrato de Lulú.

Compró esta estampa y la colgó en el lugar del conde de Artois; de suerte que, de una misma ojeada, los veía juntos. Se unieron en su pensamiento, santificado el loro por aquella relación con el Espíritu Santo, que así resultaba para ella más viva y más inteligible. El Padre, para expresarse, no había podido elegir una paloma, porque estos animales no tienen voz, sino más bien un antepasado de Lulú. Y Felicidad rezaba mirando la imagen, pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro.

Le dieron ganas de hacerse de las hijas de María. Madame Aubain la disuadió.

Surgió un acontecimiento importante: la boda de Pablo.

Después de haber sido pasante de notario, de trabajar en el comercio, en la aduana, en las contribuciones, y hasta de haber dado los pasos para ríos y bosques, de pronto, a los treinta y seis años, por inspiración del cielo, descubrió su camino: ¡el registro! Y demostró en esto tan altas facultades, que un inspector le ofreció su hija, prometiéndole su protección.

Pablo, convertido en hombre serio, la llevó a casa de su madre.

La nuera denigró las costumbres de Pont-l'Évéque, se dio humos de princesa, trató con desprecio a Felicidad. Cuando se marchó, madame Aubain sintió un alivio.

A la semana siguiente se supo que monsieur Bourais había muerto en una fonda de la baja Bretaña. El rumor de un suicidio se confirmó; surgieron dudas sobre su probidad. Madame Aubain estudió sus cuentas, y no tardó en conocer la retahíla de sus fechorías: desfalcos de atrasos, ventas de madera escamoteadas, recibos falsos, etc. Además, te-

nía un hijo natural y «relaciones con una de Dozulé».

Estas truhanerías la disgustaron mucho.

En marzo de 1853, le dio un dolor en el pecho; tenía la lengua como cubierta de humo, las sanguijuelas no calmaron la opresión; y a los nueve días expiró, a los sesenta y dos años recién cumplidos.

La creían menos vieja, por el pelo castaño, que le rodeaba el rostro pálido, picado de viruelas. Pocos amigos la lloraron, pues sus maneras eran de una altivez que distanciaba a la gente.

Felicidad la lloró como no se llora a los amos. Que la señora muriera antes que ella no le cabía en la cabeza, le parecía contrario al orden de las cosas, inadmisibile y monstruoso.

A los diez días (el tiempo necesario para acudir desde Besançon), llegaron los herederos. La nuera registró los cajones, eligió algunos muebles, vendió otros, después se volvieron al registro.

¡Se fueron la butaca de la señora, su velador, su rejilla, las ocho sillas! En el lugar don-

de estuvieron los grabados se destacaban ahora unos cuadrados amarillos en medio de las paredes. Se habían llevado las dos cunas, con sus colchones, y en el armario ya no quedaba nada de los enseres de Virginia. Felicidad subió las escaleras, muerta de tristeza. Al día siguiente había un anuncio en la puerta; el boticario le gritó al oído que la casa estaba en venta.

Felicidad se tambaleó, tuvo que sentarse.

Lo que más pena le daba era abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Lulú. Envolviéndole en una mirada de angustia, imploraba al Espíritu Santo, y contrajo la costumbre idólatra de rezar sus oraciones arrodillaba ante el loro. A veces entraba el sol por la claraboya y daba en el ojo de vidrio de Lulú, haciendo salir de él un gran rayo luminoso que ponía en éxtasis a Felicidad.

Tenía una renta de trescientos ochenta francos que le había legado su señora. La huerta la abastecía de verduras. En cuanto a la ropa, tenía para vestirse hasta el fin de sus días, y economizaba la luz acostándose al anochecer.

Apenas salía, por evitar la tienda del charilero, donde estaban expuestos algunos de los antiguos muebles. Desde que le dio el mareo, arrastraba una pierna; y como sus fuerzas iban disminuyendo, la tía Simon, arruinada en la tienda de comestibles, iba todas las mañanas a partirle la leña y a bombearle el agua.

Fue perdiendo vista. Ya no se abrían las persianas. Pasaron muchos años. Y la casa no se alquilaba y no se vendía.

Felicidad, por miedo de que la echaran, no pedía ninguna reparación. Las viguetas del techo se iban pudriendo. Pasó todo un invierno cayéndole una gotera en la almohada. Después de las Pascuas, escupió sangre.

La tía Simon llamó a un médico. Felicidad quiso saber lo que tenía. Pero, como estaba muy sorda, sólo oyó una palabra: «neumonía». Aquello le era conocido, y contestó apaciblemente: «¡Ah, como la señora!», pareciéndole muy natural seguir a su ama.

Se acercaba el momento de los altares del Corpus.

El primero estaba siempre al pie de la cuesta, el segundo delante de la posta, el tercero hacia el medio de la calle. A propósito de éste hubo rivalidades, y las feligresas acabaron por elegir el patio de madame Aubain.

Aumentaron las opresiones de la fiebre. Felicidad estaba muy triste por no hacer nada para el altar. ¡Si siquiera hubiera podido poner algo en él! Entonces pensó en el loro. Eso no estaba bien, objetaron las vecinas. Pero el cura dio permiso; Felicidad se puso tan contenta que le pidió que, cuando ella se muriera, aceptara a Lulú, su única hacienda.

Del martes al sábado, víspera del Corpus, tosió más. Por la noche se le contrajo el rostro, se le pegaron los labios a las encías, sobrevinieron vómitos.

Y al día siguiente, al amanecer, sintiéndose muy mal, mandó llamar a un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodeaban durante la extremaunción. Después dijo que tenía que hablar con Fabu.

Llegó vestido de domingo, muy a disgusto en aquella atmósfera lúgubre.

-¡Perdóneme -le dijo haciendo un esfuerzo-, pensé que había sido usted quien le mató!

¿Qué chismes eran aquéllos? ¡Sospechar que había cometido un asesinato, un hombre como él! Y se indignaba, iba a armar un escándalo. «¡Ya ve que ha perdido la cabeza!»

De vez en cuando Felicidad hablaba a unas sombras. Las buenas mujeres se fueron. La Simon almorzó.

Luego cogió a Lulú y, acercándose a Felicidad:

-¡Ande, despídase de él!

Aunque no era un cadáver, le devoraban los gusanos; tenía un ala rota, se le salía la estopa del vientre. Pero Felicidad, ya ciega, le besó en la frente y lo sujetaba contra su cara. La Simon se lo quitó para volver a ponerlo en el altar.

V

Los prados despedían un olor a verano; zumbaban las moscas; el sol hacía resplande-

cer el río, recalentaba las pizarras. La tía Simon, de nuevo en el cuarto de Felicidad, se dormía apaciblemente.

La despertaron unas campanadas; la gente salía de las vísperas. Felicidad dejó de delirar. Pensando en la procesión, la veía como si la siguiera.

Por las aceras iban todos los niños de las escuelas, los chantres y los bomberos, mientras que por mitad de la calle iban en primer lugar: el suizo armado con su alabarda, el sacristán con una gran cruz, el maestro vigilando a los chiquillos, la monja preocupada por sus niñas; tres de las más monas, rizadas como angelitos, echaban al aire pétalos de rosas; el diácono, con los brazos abiertos, moderaba la música; y dos monaguillos con los incensarios se volvían a cada paso hacia el Santo Sacramento, que llevaba el señor cura, vistiendo su preciosa casulla, bajo un palio rojo carmesí sostenido por cuatro fabriqueros. Detrás se empujaba el gentío, entre las colgaduras blancas que cubrían la pared de las casas; y llegaron al pie de la cuesta.

A Felicidad le mojaba las sienas un sudor frío. La Simón se lo enjugaba con un paño blanco, diciéndose que ella también pasaría algún día por aquel trance.

El murmullo de la multitud fue subiendo; por un momento llegó a ser muy fuerte; se alejó.

Una descarga hizo trepidar los cristales. Eran los postillones saludando a la custodia. Felicidad abrió los ojos y, lo menos bajo que pudo, dijo:

-¿Está bien? -preocupada por el loro.

Empezó la agonía. Un estertor, cada vez más precipitado, le levantaba las costillas. Le salían espumarajos por las comisuras de la boca y le temblaba todo el cuerpo.

No tardó en distinguirse el ronquido de los fieles, las claras voces de los niños, la voz profunda de los hombres. De vez en cuando callaba todo, y el golpear de los pasos, amortiguado por las flores, era como el ruido de un rebaño pisando sobre la hierba.

Apareció el clero en el patio. La Simón se encaramó a una silla para alcanzar la claraboya, y así dominaba el altar.

Guirnaldas verdes pendían sobre él, adornado con un volante de punto de Inglaterra. En el centro, un cuadrito que contenía reliquias, en los extremos dos naranjos, y, a todo lo largo, candeleros de plata y floreros de porcelana con girasoles, lirios, peonías, digitales, ramas de hortensias. Este montón de colores esplendorosos descendía oblicuamente desde el primer piso hasta la alfombra, prolongándose por el pavimento; y llamaban la atención algunas cosas raras. Un azucarero de plata dorada tenía una corona de violetas, relucían en el musgo colgantes de piedras de Alençon, mostraban sus paisajes dos abanicos chinos. A Lulú, escondido bajo las rosas, no se le veía más que la frente, azul como una placa de lapislázuli.

Los fabriqueros, los chantres, los niños se alinearon en los tres lados del patio. El sacerdote subió lentamente los escalones y posó sobre el encaje su gran sol de oro reluciente. Todos se arrodillaron. Se hizo un gran silencio, y los incensarios, pendientes de sus cadenas, giraban a todo vuelo.

Un vapor de azur ascendió en el cuarto de Felicidad. Adelantó la nariz aspirándolo con una sensualidad mística; luego cerró los ojos. Sus labios sonreían. Los latidos de su corazón se fueron amortiguando uno a uno, más tenues cada vez, más espaciados, como un manantial que se va agotando, como un eco que se va extinguiendo; y cuando exhaló el último suspiro, creyó ver en el cielo entreabierto un loro gigantesco planeando sobre su cabeza.

FIN

LA LEYENDA DE SAN JULIAN EL HOSPITALARIO

I

Los padres de Julián vivían en un castillo rodeado de bosques, en la ladera de una colina. Las cuatro torres de las esquinas remataban en techumbres puntiagudas cubiertas de escamas de plomo y la base de los muros se apoyaban en bloques de rocas que se despeñaban abruptamente hasta el fondo de los fosos.

El pavimento de los patios era regular como el enlosado de una iglesia. Largas gárgolas, figurando dragones con las fauces inclinadas hacia abajo, escupían hacia la cisterna el agua de las lluvias. Y en el resalto de las ventanas de todos los pisos crecía en un tiesto de barro pintado una albahaca o un heliotropo.

Un segundo cercado, hecho de estacas, protegía en primer lugar una huerta de árboles frutales, luego un cuadro donde las flores se combinaban formando cifras, después una

enramada con glorietas para tomar el fresco, y un juego de mallo que servía para entretenimiento de los pajes. Al otro lado estaban la porqueriza, los establos, el horno de cocer el pan, el lagar y los graneros. En todo el contorno prosperaba un verde pastizal, cerrado por un seto de espinos. Se vivía en paz desde hacía tanto tiempo, que ya no se bajaba el rastrillo; los fosos estaban llenos de agua; las golondrinas hacían sus nidos en las hendiduras de las almenas; y el arquero, que se pasaba el día paseando por la cortina, en cuanto el sol pegaba demasiado, se metía en la atalaya y se quedaba dormido como un fraile.

En el interior, relucían los herrajes por doquier; en los aposentos, los tapices protegían del frío; y los armarios estaban rebosantes de ropa blanca, se apilaban en las bodegas los toneles de vino, las arcas de roble reventaban bajo el peso de los sacos de dinero.

En la sala de armas, entre estandartes y cabezas de animales feroces, se veían armas de todos los tiempos y de todos los países, desde las hondas de los amalecitas y los venablos de los garamantas hasta los chafarotes

de los sarracenos y las cotas de mallas de los normandos.

En el gran asador de la cocina se podía ensartar un buey; la capilla era tan suntuosa como el oratorio de un monarca. Hasta había, en un lugar apartado, un baño a la romana; pero el buen caballero del castillo no lo usaba, porque le parecía cosa de idólatras.

Envuelto siempre en una pelliza de zorro, se paseaba por su casa, administraba la justicia en los litigios de sus vasallos, mediaba en las querellas de sus vecinos. En invierno, miraba caer los copos de nieve o hacía que le leyeran historias. Nada más comenzar el buen tiempo, se iba en su mula por las pequeñas veredas, a orillas de los trigales que verdeaban ya, y charlaba con los labriegos, dándoles consejos. Al cabo de muchas aventuras, había tomado por esposa a una doncella de alto linaje.

Era muy blanca, un poco altiva y seria. Los picos de su capirote rozaban el dintel de las puertas; la cola de su vestido de paño arrastraba tres pasos detrás de ella. Llevaba el gobierno de la casa como el de un monaste-

rio; cada mañana distribuía el trabajo a los criados, vigilaba las mermeladas y los ungüentos, hilaba en la rueca o bordaba manteles de altar. A fuerza de rogar a Dios, le nació un hijo.

Su advenimiento se celebró con grandes festejos y con una comida que duró tres días y cuatro noches, con iluminación de antorchas, al son de las arpas y sobre alfombras de hojas. Se sirvieron las más raras especias, con gallinas grandes como corderos; por juego, de un pastel surgió un enano; y las escudillas no bastaban ya, pues la multitud aumentaba sin cesar, y hubo que beber en los olifantes y en los yelmos.

La recién parida no asistió a estas fiestas. Estaba tranquilamente en su lecho. Una noche se despertó y, bajo un rayo de luna que entraba por la ventana, vislumbró un anciano en hábito de sayal, rosario al costado, morral al hombro y toda la traza de un eremita.

--i Albricias, oh madre, tu hijo será un santo!

La señora iba a gritar; pero el monje, pisando los rayos de la luna, ascendió suave-

mente en el aire y desapareció. Los cantos del banquete se elevaron más alto. La madre oyó las voces de los ángeles; y reclinó la cabeza en la almohada, sobre la cual se destacaba un hueso de mártir en un marco de carbunclos.

Al día siguiente, todos los criados a quienes preguntaron declararon que no habían visto al eremita.

Sueño o realidad, aquello tenía que ser un mensaje del cielo; mas la señora se guardó muy bien de decir nada. por miedo de que la acusaran de orgullo.

Los convidados se fueron al amanecer; y el padre de Julián estaba fuera de la poterna, adonde acababa de acompañar al último, cuando, de pronto, surgió ante él, en la niebla un mendigo.

Era un bohemio de barba trenzada, con aros de plata en ambos brazos y ojos centelleantes. Con expresión de iluminado, balbució estas palabras incoherentes:

--¡Ah, ah!, itu hijo!... imucha sangre!... imucha gloria!... isiempre bienaventurado!... la familia de un emperador.

Y, agachándose para recoger la limosna, se perdió entre la hierba, se esfumó.

El buen caballero miró a uno y a otro lado, llamó cuanto pudo. ¡Nadie! Silbaba el viento, se llevaba las brumas mañaneras.

El caballero atribuyó aquella (visión al cansancio de su cabeza por haber dormido tan poco. «Si hablo de esto, se reirán de mí», pensó. Sin embargo, los esplendores destinados a su hijo le deslumbraban, aunque la promesa no fuese clara y hasta dudara de haberla oído.

Los esposos se guardaron mutuamente su secreto. Pero los dos querían al hijo con parejo amor; y como le respetaban como a elegido de Dios, prodigaron a su persona atenciones sin tasa. Sobre su cuna, blando el colchón de finísima pluma, ardía permanentemente una lámpara en forma de paloma; tres nodrizas le mecían y, bien fajado en sus pañales, rosadita la cara y azules los ojos, con su manto de brocado y su gorro recamado de perlas, parecía un niño Jesús. Le salieron los dientes sin que llorase ni una vez.

Cuando cumplió siete años, la madre le enseñó a cantar. Para hacerle valeroso, el padre le encaramó en un caballo grande. El niño sonreía de satisfacción y no tardó en saber cuanto saber debían los destreiros.

Un fraile anciano, muy docto, le enseñó las Sagradas Escrituras, la numeración de los árabes, las letras latinas y a hacer unas pinturas muy graciosas en pergamino. Trabajaban juntos, en lo alto de una torre, resguardados del ruido. Terminada la lección, bajaban al jardín, donde, andando paso a paso, estudiaban las flores.

A veces vislumbraban, caminando por el fondo del valle, una reata de bestias de carga conducidas por un peatón ataviado a la oriental. El señor del castillo veía que era un mercader y mandaba a su encuentro a un criado. El forastero recibía confiado la llamada, se desviaba de su camino e, introducido en el locutorio, sacaba de sus baúles piezas de terciopelo y de seda, orfebrerías, perfumes, cosas extrañas de uso desconocido; y el buen hombre se iba con una sustanciosa ganancia y sin haber sufrido violencia alguna. Otras ve-

ces llamaba a la puerta una caravana de peregrinos. Sus hábitos, mojados humeaban en el atrio; y, una vez saciada el hambre, contaban sus viajes: las naves extraviadas en la mar bravía, las caminatas a pie por las arenas que abrasaban, la ferocidad de los paganos, las cavernas de Siria, el Belén y el Sepulcro. Después regalaban al mancebo conchas de sus esclavinas.

Frecuentemente, el señor del castillo festejaba a sus antiguos caballeros de armas. Mientras bebían, recordaban sus guerras, los asaltos a las fortalezas con el batir de las catapultas, las heridas prodigiosas. Julián, que los escuchaba, se ponía a gritar, y su padre no dudaba que el mancebo iba a ser un conquistador. Mas al anochecer, al salir del Ángelus, cuando pasaba entre los mendicantes inclinados, echaba mano a su escarcela con tanta modestia y tan noble continente, que su madre esperaba firmemente verle llegar a arzobispo.

Tenía su sitio en la capilla al lado de sus padres y, por largos que fueran los oficios,

permanecía todo el tiempo de rodillas, el sombrero en el suelo y las manos juntas.

Un día, durante la misa, alzó la cabeza y percibió un ratoncillo blanco que salía de un agujero del muro. El ratoncillo correteó por el primer escalón del altar y, después de dos o tres vueltas a la derecha y a la izquierda, se fue por donde había venido. Le perturbó la idea de que podía volver a ver al ratoncillo. Volvió; y todos los domingos le esperaba, y como esto le importunaba, cogió odio al ratoncillo y decidió acabar con él.

Cerró la puerta, sembró en los escalones las migajas de un pastel y se apostó delante del agujero con un palo en la mano.

Pasado mucho tiempo, asomó un hociquito rosado y luego el ratoncillo entero. Julián le asestó un ligero golpe y se quedó estupefacto ante aquel cuerpecillo que ya no se movía. Una gota de sangre maculaba la losa. Julián la limpió rápido con la manga, tiró afuera el ratoncillo y no dijo nada a nadie.

Toda suerte de pajarillos picoteaban los granos de la huerta. Imaginó meter guisantes en una caña hueca. Cuando oía gorjear en un

árbol, se acercaba despacito, levantaba el tubo, inflaba los carrillos y los pájaros le llovían sobre los hombros en abundancia tal, que no podía menos de reír, satisfecho de su artimaña.

Una mañana, al volver por la cortina, vio en la cima de la muralla una paloma que se pavoneaba muy oronda al sol. Julián se paró a mirarla; como en aquel lugar la muralla tenía brecha, encontró una piedra, la cogió, balanceó el brazo y la piedra abatió a la paloma, que cayó redonda al foso.

Julián se precipitó hacia el fondo, rasguñándose con los matojos, huroneando por doquier, más ligero que un cachorro.

La paloma, con las alas rotas, palpitaba, suspendida en las ramas de una alheña.

La persistencia de su vida irritó al niño. Se puso a estrangularla; y las convulsiones del ave le hacían palpar fuerte el corazón, le infundían una voluptuosidad salvaje y tumultuosa. En la rigidez postrera, el niño se sintió desfallecer.

Por la noche, durante la cena, el padre declaró que el muchacho estaba ya en edad de

aprender la montería; y fue a buscar un viejo cuaderno de escritura que contenía, en preguntas y respuestas, todo lo referente a la caza. En este cuaderno, un maestro enseñaba a su discípulo el arte de adiestrar a los perros y de amaestrar a los halcones, de tender trampas, cómo reconocer el ciervo por sus cagarrutas, el zorro por su rastro, el lobo por la huella de sus garras, mejor manera de discernir sus rutas, cómo se los levanta, dónde se encuentran generalmente sus madrigueras, cuáles son los vientos más propicios, con la enumeración de las voces de los animales y las reglas de cebar a los perros.

Cuando Julián supo recitar de memoria todas estas cosas, su padre le formó una jauría.

En primer lugar se distinguían veinticuatro lebreles berberiscos, más veloces que las gacelas, pero propensos a enfurecerse; después diecisiete parejas de perros bretones, con manchas blancas sobre fondo rojo, infalibles en su crédito, fuertes de pecho y grandes aulladores. Para el ataque al jabalí y las escapadas peligrosas había cuarenta grifones, peludos como osos. Unos mastines de Tartaria,

casi tan altos como asnos, color de fuego, largos de espinazo y derecho el corvejón, estaban destinados a perseguir a los uros. El pelaje negro de los podencos relucía como raso; el ladrido de los talbots no tenía nada que envidiar al de los bigles cantores. En un patio separado gruñían, sacudiendo la cadena y saltándoseles los ojos, ocho dogos alanos, animales formidables que saltan al vientre de los jinetes y no temen a los leones.

Todos comían pan de trigo, bebían en los pilones de piedra y tenían un nombre sonoro.

Quizá la halconería superaba a la jauría; el buen señor del castillo, a fuerza de dinero, se había agenciado terzuelos del Cáucaso, sacres de Babilonia, gerifaltes de Alemania y halcones peregrinos, capturados en los acantilados, en las costas de los mares fríos, en remotos países. Estaban en un cobertizo cubierto de bálago, y, atados a las perchas por orden de tamaño, tenían delante un terrón de césped, donde los posaban de vez en cuando para desentumecerlos.

Se confeccionaron morrales, anzuelos, trampas, toda clase de instrumentos.

Con frecuencia llevaban al campo perros de muestra, que levantaban en seguida la pieza. Entonces los monteros, avanzando paso a paso, lanzaban con precaución sobre sus cuerpos impasibles una inmensa red. Un montero los hacía ladrar; echaban a volar las codornices; y las damas de la comarca, invitadas con los maridos, los niños, las doncellas, todo el mundo se precipitaba sobre ellas y las cogían fácilmente.

Otras veces, para desencamar las liebres, se tocaba el tambor, caían los zorros en los fosos, o bien se disparaba un cepe y apresaba un lobo por la pata.

Pero Julián despreció estos cómodos artificios; prefería cazar lejos de la gente, con un caballo y su halcón. Este era casi siempre un gran tartaret de Escitia, blanco como la nieve. Su capuchón de cuero remataba en un penacho; en sus patas, azules, vibraban cascabels de oro, y el halcón se sostenía firme sobre el brazo de su amo, mientras el caballo galopaba y se iban extendiendo las llanuras. Julián le desataba las correas y le soltaba de pronto; el animal, intrépido, ascendía en el

aire derecho como una flecha; y se veían dos manchas que daban vueltas, se juntaban y luego desaparecían en las alturas del azur. No tardaba en bajar el halcón desgarrando algún pájaro, y tornaba a posarse sobre el guantelete, temblándole las alas.

Así cazó Julián la garza, el milano, la corneja y el buitre.

Le gustaba tocar la trompa y seguir a los perros que corrían por las laderas de las colinas, saltaban los riachuelos, subían hacia los bosques; y cuando el ciervo comenzaba a gemir bajo las dentelladas, le abatía prístamente y luego se deleitaba con la furia de los mastines que le devoraban, despedazado sobre su piel humeante.

Los días de bruma, se metía en las ciénagas para acechar a los gansos, a las nutrias, a los patos salvajes.

Tres escuderos le esperaban desde el alba al pie de la escalinata; y era en vano que el viejo fraile, asomándose a su tronera, le hiciera señas de llamada: Julián no miraba atrás. Caminaba al sol abrasador, bajo la lluvia, con la tormenta, bebía en el hueco de la mano el

agua de los hontanares; comía, trotando, manzanas silvestres. Cuando estaba cansado, descansaba bajo un roble, y volvía a medianoche, cubierto de sangre y de barro, con espinas en el pelo y olor a bestias feroces. Llegó a ser como ellas. Cuando su madre le besaba, aceptaba fríamente su abrazo, como abstraído en pensamientos profundos.

Mató osos a cuchilladas, toros con el hacha, jabalíes con venablo; y hasta una vez que no tenía más que un palo se defendió con él contra unos lobos que estaban royendo cadáveres al pie de una horca.

Una mañana de invierno, salió antes del alba, bien equipado, con una ballesta al hombro y un manojo de flechas en el arzón de la silla.

Su caballo danés, seguido de dos pachones, caminando a paso cadencioso, hacía resonar el suelo. Se le colaban por el manto gotas de escarcha, soplaba un cierzo fuerte. Aclaró por un lado del horizonte; y, al claror del crepúsculo, vislumbró unos conejos dando saltitos al borde de sus madrigueras. Inmediatamente se lanzaron sobre ellos los dos

pachones; y acá y allá les iban quebrando rápidamente el espinazo.

No tardó en internarse en un bosque. En la punta de una rama dormía un urogallo, entumecido por el frío, la cabeza bajo el ala. Julián, de un tajo de su espada, le segó las dos patas, y, sin recogerlo, siguió adelante.

Al cabo de tres horas se encontró en la cresta de una montaña tan alta, que el cielo parecía casi negro. Ante él se inclinaba sobre un precipicio una roca que parecía una larga muralla; y, en el extremo, dos machos cabríos salvajes miraban al abismo. Como no tenía las flechas (pues su caballo se había quedado atrás), se le ocurrió bajar hasta ellos; medio agachado, descalzo, se acercó al primero de los machos cabríos y le clavó un puñal debajo de las costillas. El segundo, aterrado, saltó al vacío. Julián se lanzó a herirle y, resbalando con el pie derecho, cayó sobre el cadáver del otro, de cara al abismo y los brazos abiertos.

Volvió a bajar al llano y siguió andando entre sauces que bordeaban un río. De vez en cuando pasaban sobre su cabeza unas grullas

volando muy bajo. Julián las abatía con el látigo, y no fallaba una.

Mientras tanto, el aire, más tibio, había fundido la escarcha, flotaban grandes jirones de vapor, y salió el sol. Vio relucir muy lejos un lago quieto que parecía plomo. En medio del lago había un animal que Julián no conocía, un castor de hocico negro. A pesar de la distancia, una flecha le abatió. A Julián le contristó no poder llevarse la piel.

Después se internó en una avenida de grandes árboles que, con sus copas, formaba como un arco de triunfo a la entrada de una selva. Saltó un corzo de un matorral, surgió un gamo en un claro, salió un tejón de una madriguera, un pavo real desplegó la cola sobre el césped; y cuando los hubo exterminado a todos, surgieron otros corzos, otros gamos, otros tejones, otros pavos reales, y mirlos, arrendajos, turones, zorros, erizos, lince, infinidad de animales, a cada paso más numerosos. Daban vueltas en torno a él, temblorosos, con una mirada llena de dulzura y de súplica. Pero Julián no se cansaba de matar, ora tendiendo el arco, ora desenvai-

nando la espada o hiriendo con el cuchillo, y no pensaba en nada, no se acordaba de nada. Estaba cazando en un país cualquiera, desde un tiempo indeterminado, por el sólo hecho de su propia existencia, realizándose todo con la facilidad que se experimenta en los sueños. Le detuvo un espectáculo extraordinario. Un valle en forma de circo estaba lleno de ciervos; y amontonados unos junto a otros, se calentaban con sus hálitos, que se veían humear en la niebla. Durante unos minutos, la perspectiva de carnicería tal le enloqueció de placer. En seguida se apeó del caballo, se remangó y se puso a tirar.

Al silbido de la primera flecha, todos los ciervos a la vez volvieron la cabeza. Se hicieron huecos en su masa; se oyeron bramidos lastimeros y un gran movimiento agitó el rebaño.

El resalto del valle era demasiado alto para franquearlo. Los ciervos se abalanzaban al cercado, tratando de escapar. Julián apuntaba, disparaba, y las flechas caían como los rayos de una lluvia de tormenta. Los ciervos, enfurecidos, se peleaban, enloquecían, se

montaban unos sobre otros; y sus cuerpos, con las cornamentas trabadas unas con otras, formaban un gran montículo, que se derrumbaba al desplazarse.

Por fin murieron, echados sobre la arena, la baba en los belfos, las entrañas al aire y la curva de los vientres hundiéndose poco a poco. Hasta que todo quedó inmóvil.

Anocheecía; detrás de los bosques, entre árbol y árbol, el cielo estaba rojo como un charco de sangre.

Julián se apoyó en un árbol. Contemplaba pasmado la enormidad de la matanza, sin saber cómo había podido hacerla.

Al otro lado del valle, en la linde del bosque, divisó un ciervo, una cierva y su cervatillo.

El ciervo, que era negro y de un tamaño monstruoso, tenía una cornamenta de dieciséis puntas y una barba blanca. La cierva, rubia como las hojas muertas, estaba paciendo la hierba, y el cervatillo, moteado, andaba agarrado a la ubre sin interrumpir a la madre en su marcha.

Zumbó una vez más el venablo. Cayó primero el cervatillo, y la madre, mirando al cielo, bramó con voz profunda, desgarradora, humana. Julián, exasperado, la derribó de un flechazo en pleno pecho.

El enorme ciervo lo vio y dio un gran salto. Julián le disparó su última flecha. Se le clavó en la frente y se le quedó plantada en ella.

El enorme ciervo no parecía sentirla; saltando por encima de los muertos, seguía avanzando, iba a embestirle, a destrozarle; y Julián retrocedía con indecible espanto. El prodigioso animal se detuvo; y con los ojos llameantes, solemne como un patriarca y como un justiciero, mientras, muy lejos, sonaba una campana, repitió tres veces:

-¡Maldito, maldito, maldito! ¡Un día, corazón feroz asesinarás a tu padre y a tu madre!

Dobló las rodillas, cerró muy despacio los párpados y murió.

Julián se quedó estupefacto, luego abrumado por un cansancio súbito; y le invadió un gran hastío, una inmensa tristeza. Apretándose la frente con las manos, lloró mucho tiempo.

El caballo se había perdido, los perros le habían abandonado; la soledad que le rodeaba le pareció llena de peligros imprecisos. Y, movido por un arrebató de terror, echó a correr a través del campo, tomó al azar un sendero y, casi inmediatamente, se encontró a la puerta del castillo.

Aquella noche no durmió. Bajo la luz oscilante de la lámpara colgada del techo, veía siempre el enorme ciervo negro. Su predicción le obsesionaba, se debatía contra ella. « No, no, no, no puedo matarlos », y en seguida pensaba: « Si quisiera, ¿ por qué no ?... », y tenía miedo de que el diablo le inspirase el deseo de hacerlo.

La madre, angustiada, pasó tres meses rezando a la cabecera del hijo, y el padre, gimiendo, andaba y andaba sin parar por los corredores. Mandó a buscar a los embalsamadores más famosos, los cuales recetaron muchas drogas. La causa del mal de Julián, decían, era un viento funesto o un deseo de amor. Pero el mancebo negaba con la cabeza.

Recuperó las fuerzas, y le paseaban por el patio, sosteniéndole, cada uno por un brazo, el viejo fraile y el buen caballero.

Ya restablecido, se obstinó en no cazar.

Su padre, en su afán de alegrarlo, le regaló una gran espada sarracena.

Estaba en lo alto de un pilar, en una panoiia. Para cogerla, hubo necesidad de una escalera de mano. Julián subió. La espada, demasiado pesada, se le escapó de las manos, y al caer rozó al caballero tan cerca que le cortó la hopalanda; Julián creyó que había matado a su padre y se desmayó.

Desde entonces cogió miedo a las armas. Ver un acero desnudo le hacía palidecer. Esta flaqueza era una desolación para su familia.

El viejo fraile, en nombre de Dios, del honor y de los antepasados, acabó por ordenarle que reanudara sus ejercicios de caballero.

Los escuderos se entretenían todos los días en el manejo de la jabalina. Julián lo dominó en seguida. Metía la suya en el gollete de las botellas, rompía los dientes de las veletas,

daba a cien pasos en los clavos de las puertas.

Una tarde de verano, a la hora en que la bruma impide distinguir las cosas, estando Julián en el emparrado de la huerta, divisó al fondo dos alas blancas que revoloteaban a la altura del espaldar. No dudó que era una cigüeña, y lanzó su venablo.

Se oyó un grito desgarrador.

Era su madre, cuyo gorro de largas cintas estaba clavado contra la pared.

Julián huyó del castillo y no volvió a aparecer.

II

Se enroló en una partida de aventureros que iban de paso.

Conoció el hambre, la sed, las calenturas y los piojos. Se acostumbró al estruendo de las refriegas, a la cara de los moribundos. El viento le tostó la piel. El contacto de las armaduras le endureció los miembros; y como era muy fuerte, valiente, mesurado, discreto,

no tardaron en encomendarle el mando de una mesnada.

Al entrar en batalla, arrastraba a sus soldados con un gran movimiento de su espada. Por la noche, escalaba por una cuerda de nudos los muros de las ciudadelas, balanceado por el huracán, mientras las pavesas del fuego griego se pegaban a su coraza y chorreaban de las almenas la resina hirviendo y el plomo fundido. Más de una vez le partió el escudo una pedrada. Bajo él se hundieron puentes demasiado cargados de hombres. Haciendo molinetes con sus armas, se desembarazó de catorce jinetes. Desafió, en campo cerrado, a todos los que se prestaron. Más de veinte veces le dieron por muerto.

Gracias al favor divino, se salvó siempre; pues amparaba a la gente de iglesia, a los huérfanos, a las viudas y principalmente a los ancianos. Cuando veía ante él a un mercader, le gritaba para verle la cara, como si temiera matarle por equivocación.

Esclavos fugitivos, villanos insurrectos, bastardos sin fortuna, toda clase de intrépidos

afluyeron bajo su bandera, y se formó un ejército.

Este ejército fue creciendo. Se hizo famoso. Era muy solicitado.

Sucesivamente, acudía en ayuda del delfín de Francia y del rey de Inglaterra, de los templarios de Jerusalén, del sureño de los partos, del negus de Abisinia, del emperador de Calcuta. Combatió a escandinavos cubiertos de escamas de pescado, a negros provistos de rodajas de cuero de hipopótamo y a indios color de oro montados en asnos rojos y blandiendo por encima de sus diademas unos largos sables resplandecientes como espejos. Venció a los trogloditas y a los antropófagos. Atravesó regiones tan tórridas que, bajo el fuego del sol, las cabelleras se encendían por sí mismas, como antorchas; y otras que eran tan glaciales que los brazos se desprendían de los cuerpos y caían al suelo; y países en los que había tanta niebla que la gente andaba por ellos como fantasmas.

Repúblicas en conflicto le consultaron. En entrevistas con embajadores obtenía ventajas inesperadas. Si un monarca se conducía muy

mal, Julián llegaba de pronto y le amonestaba. Liberó pueblos. Libertó a reinas encerradas en torres. El y no otro fue quien mató a la sierpe de Milán y al dragón de Oberbirbach.

El emperador de Occitania, vencedor de los musulmanes españoles, había tomado como barragana a la hija del califa de Córdoba y de ella le quedó una niña, a la que educó cristianamente. Pero el califa, fingiendo que quería convertirse fue hasta el emperador acompañado de numerosa escolta, mató a toda la guarnición y le encerró en lo más profundo

de un calabozo, donde le trataba con extremada dureza para sacarle tesoros.

Julián acudió a socorrerle, destruyó el ejército de los infieles, puso sitio a la ciudad, mató al califa, le cortó la Cabeza y la lanzó como una piedra por encima de la muralla. Después sacó al emperador de su prisión y le restauró en su trono, en presencia de toda la corte.

En premio a tan gran servicio, el emperador le ofreció canastas llenas de dinero; Julián lo rehusó. Creyendo que quería más, le brindó las tres cuartas partes de sus riquezas; las rechazó también; después le propuso compar-

tir su reino; Julián tampoco lo aceptó; el emperador lloraba de impotencia, sin saber cómo testimoniar su gratitud, cuando, de pronto, se dio un golpe en la frente y dijo algo al oído a un cortesano; se alzaron las cortinas de una tapicería y apareció una doncella.

Sus grandes ojos negros brillaban como dos lámparas muy tenues. Una sonrisa encantadora le entreabría los labios. Los bucles de su cabellera se enredaban en las piedras preciosas de su túnica entreabierta, y bajo la transparencia de las gasas se adivinaba la lozanía de su cuerpo. Era bonita y entradita en carnes, pero grácil de talle.

Julián se quedó deslumbrado de amor, un amor en su plena fuerza, porque Julián había llevado hasta entonces una vida muy casta.

Y recibió en matrimonio a la hija del emperador, con un castillo que había heredado de su madre; terminadas las bodas, se despidieron, con infinitas cortesías por ambas partes.

Era un palacio de mármol blanco, en la cima de un promontorio, rodeado de un bosque de naranjos. Terraplenes de flores descendían

hasta la ribera de un golfo, donde crujían bajo los pies las conchas.

Detrás del castillo se extendía una fronda en forma de abanico. El cielo estaba siempre azul y los árboles se inclinaban alternativamente bajo la brisa del mar y bajo el viento de las montañas que cerraban a lo lejos el horizonte.

Las incrustaciones de los muros iluminaban la penumbra de los aposentos. Columnillas delgadas como cañas sostenían las cúpulas, decoradas de relieves que imitaban las estalactitas de las grutas.

Había surtidores en las salas, mosaicos en los patios, tabiques festoneados, mil refinamientos de arquitectura, y en todas las estancias reinaba tal silencio que se oía el roce de una echarpe o el aura de un suspiro.

Julián ya no guerreaba. Descansaba rodeado de un pueblo tranquilo; y cada día desfilara ante él una multitud, con genuflexiones y besamanos a la oriental.

Vestido de púrpura, permanecía apoyado de codos en el alféizar de una ventana, recordando sus cacerías de antaño; y le hubiera

gustado correr por el desierto persiguiendo gacelas y avestruces, esconderse entre los bambúes al acecho de los leopardos, atravesar selvas llenas de rinocerontes, llegar a la cumbre de los más inaccesibles montes para apuntar mejor a las águilas, y combatir en los témpanos del mar a los osos blancos.

A veces, en un sueño, se veía como nuestro padre Adán en medio del paraíso, entre todos los animales; extendiendo el brazo, los derribaba; o bien desfilaban de dos en dos, por orden de tamaños, desde los elefantes y los leones hasta los armiños y los patos, como el día que entraron en el arca de Noé. En la sombra de una caverna, disparaba sobre ellos sus infalibles venablos; llegaban otros; aquello no terminaba; y se despertaba, y los ojos se le salían, feroces, de las órbitas.

Príncipes amigos le invitaban a cazar. Se negó siempre, creyendo que con esta especie de penitencia apartaría su desgracia; pues le parecía que de la matanza de los animales dependía la suerte de sus padres. Pero sufría de no verlos, y este otro deseo iba siendo insoportable.

Su esposa, para divertirle, mandó a buscar juglares y danzarinas.

Paseaba con él por el campo en litera abierta; otras veces, inclinados sobre la borda de una chalupa, miraban los peces vagabundeando en el agua, clara como el cielo. A menudo le tiraba flores a la cara; echada a sus pies, sacaba melodías de una mandolina de tres cuerdas; después, posándole en el hombro las dos manos unidas, decía con voz tímida:

«¿Qué tienes, amado señor mío?»

Julián no contestaba, o rompía a sollozar; por fin, un día, le confesó su horrible pensamiento.

La esposa le rebatió con muy buenas razones: probablemente, sus padres habían muerto ya, y si alguna vez volviera a verlos, ¿por qué azar, con qué fin, podía llegar él a tal abominación? Luego su temor era infundado, y debía volver a cazar.

Julián sonreía escuchándola, mas no se decidía a satisfacer su deseo.

Una noche del mes de agosto estaban en su habitación; la esposa acababa de acostarse

y Julián se disponía a arrodillarse para la oración, cuando oyó un gañido de un zorro y en seguida unos pasos ligeros bajo la ventana; y entrevió en la sombra como apariencias de animales. La tentación era demasiado fuerte; descolgó la aljaba.

La esposa se sorprendió.

-¡Es por obedecerte! -dijo. Al amanecer estaré de vuelta.

Sin embargo, la esposa temía una aventura funesta.

Julián la tranquilizó y en seguida salió, extrañado de la inconsecuencia de su humor.

Al poco tiempo llegó un paje a anunciar que dos desconocidos, en vista de la ausencia del señor, pretendían ver inmediatamente a la señora.

Y al cabo de un momento entraron en la estancia un anciano y una anciana, encorvados, polvorientos, vestidos de ordinario lienzo y apoyándose en sendos cayados.

Declararon, muy enardecidos, que traían a Julián noticias de sus padres.

La señora se inclinó para escucharlos.

Pero, después de cruzar entre ellos una mirada de connivencia, preguntaron a la señora si Julián amaba todavía a sus padres, si hablaba de ellos.

-¡Oh, sí! -les contestó.

Entonces, los ancianos exclamaron:

-¡Pues bien, somos nosotros! -y se sentaron, porque estaban muy cansados y muertos de fatiga.

La señora no tenía ninguna seguridad de que su esposo fuera hijo de aquellos dos ancianos.

Se lo demostraron describiendo ciertas señales

La señora saltó de la cama, llamó al paje y les sirvieron de comer. Aunque tenían mucha hambre, no podían comer nada; y la señora observaba de lejos cómo les temblaban las sarmentosas manos al coger los cubiletes.

Le hicieron preguntas sobre Julián. Contestó a todas, pero se cuidó muy bien de decirles la fúnebre idea que les concernía.

Como no volvía, partieron de su castillo, y llevaban varios años caminando, siguiendo vagas indicaciones, sin perder la esperanza.

Habían gastado tanto dinero en peajes de ríos y en posadas, en derechos de príncipes y en exigencias de ladrones, que se quedaron con la bolsa vacía y ahora mendigaban.

¿Qué importaba, si en seguida iban a abrazar a su hijo? Ponderaban su suerte, pues que había encontrado esposa tan gentil. Y no se cansaban de contemplarla y de besarla.

La suntuosidad del aposento les causó gran asombro; y el anciano, contemplando los muros, preguntó por qué figuraba en ellos el blason del emperador de Occitania.

La señora explicó:

-¡Es mi padre!

El anciano se estremeció, recordando la profecía del bohemio; y la anciana pensaba en las palabras del ermitaño. Seguramente la gloria de su hijo no era más que la aurora de los esplendores eternos; y los dos permanecían boquiabiertos, bajo la luz del candelabro que alumbraba la mesa.

Debían de haber sido muy hermosos de jóvenes.

La madre conservaba todavía toda la cabellera, cuyas sedosas crenchas, blancas como

la nieve, le llegaban hasta más abajo de las mejillas; y el padre, con su alta estatura y su luenga barba, parecía una estatua de iglesia.

La esposa de Julián los indujo a no esperarle. Ella misma los acostó en su propio lecho; luego cerró la ventana. Se durmieron. Apuntaba el alba, y, detrás del cristal, empezaban a cantar los pajarillos.

Julián había atravesado el parque y caminaba por el bosque con paso nervioso, gozando de la blandura del césped y de la suavidad del aire.

Se proyectaba sobre el musgo la sombra de los árboles. De vez en cuando la luna ponía unas manchas blancas en el suelo desnudo, y Julián, creyendo ver un charco de agua, se paraba, o bien la superficie de las charcas quietas se confundía con el color de la hierba. Reinaba un gran silencio; y Julián no descubría ninguno de los animales que, pocos minutos antes, erraban en torno a su castillo.

El bosque iba siendo cada vez más espeso, más profunda la oscuridad. Pasaban bocanadas de aire cálido, impregnadas de olores enervantes.

Julián se hundía en los montones de hojas muertas, y se apoyó contra un roble para tomar aliento.

De pronto saltó detrás de él una masa más negra, un Jabalí.

A Julián no le dio tiempo para empuñar el arco, y esto le acongojó como una desgracia.

Después, ya fuera del bosque, vio un lobo que corría a lo largo de un seto.

Julián le disparó una flecha. El lobo se paró volvió la cabeza para mirarle y reanudó su carrera Trotaba guardando siempre la misma distancia, se paraba de vez en cuando, y, en cuanto le apuntaba, echaba a correr de nuevo.

Julián recorrió de esta manera una llanada interminable, después montículos de arena, hasta que se encontró en un altozano que dominaba un gran espacio de la comarca. Lozas dispersas entre panteones en ruinas. Tropezaba con los huesos de los muertos; algunas cruces carcomidas, inclinadas con lamentable traza. Pero en la sombra indecisa de las tumbas, movieron se unas formas; y surgieron unas hienas, sorprendidas, vacilan-

tes. Tamborileando las garras contra las losas, acercáronse a Julián y le olisqueaban, con un bostezo que enseñaba las encías. Desenvainó el sable. Las hienas se alejaron a la vez en todas direcciones, y continuando su galope cojitranco y precipitado, perdiéronse a lo lejos bajo una nube de polvo.

Transcurrida una hora, encontró en un barranco un toro furioso; cuernos en ristre y escarba o en la arena con la pezuña. Julián le asestó un lanzazo debajo de la papada. La lanza se partió como si el animal fuera de bronce; Julián cerró los ojos, esperando la muerte. Cuando los abrió, el toro había desaparecido.

Entonces, de vergüenza, se le derrumbó el alma.

Un poder superior destruía su fuerza; y retrocedió al bosque para volver a casa.

Los bejucos le estorbaban el paso; los estaba cortando con el sable, cuando una guardaña se le metió de repente entre las piernas, le saltó por encima del hombro una pantera, una serpiente reptó en espiral por el tronco de un fresno.

En las ramas del fresno había una corneja monstruosa que miraba a Julián; y acá y allá surgían entre el follaje grandes fulgores, como si llovieran sobre el bosque todas las estrellas del firmamento. Eran ojos de animales, de gatos monteses, de ardillas, de búhos, de loros, de monos.

Julián les disparó sus flechas, y las flechas, con sus plumas, se posaban en las hojas como mariposas blancas. Les tiró piedras, y las piedras, sin tocar nada, volvían al suelo. Se maldijo, hubiera querido darse de puñetazos, vociferó imprecaciones, le ahogaba la ira.

Y todos los animales que él había perseguido reaparecieron, le rodearon en estrecho círculo, sentados unos sobre la grupa, otros de pie, en toda su estatura. El en el centro, helado de terror, incapaz del menor movimiento. Con un supremo esfuerzo de voluntad, avanzó un paso. Los que estaban en los árboles abrieron las alas, los que pisaban el suelo echaban a andar; y todos le acompañaban.

Las hienas caminaban detrás de él, el toro, a su derecha, meneaba la cabeza, y, a su iz-

quierda, la serpiente reptaba entre las matas, mientras la pantera, enarcando el lomo, avanzaba con paso tácito y a grandes zancadas. Julián avanzaba lo más despacio posible, para no irritarlos; y veía salir de las profundidades de los matorrales puercos espines, zorros, víboras, chacales y osos.

Julián echó a correr, el cortejo de animales corrió a su vez. El jabalí le rozaba los talones con sus colmillos, el lobo las palmas de las manos con su hocico. Los monos le pellizcaban haciendo muecas, la garduña se le enrollaba sobre los pies. Un oso le tiró con la pata el sombrero; y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en la boca.

Trascendía un algo irónico en sus actitudes burlonas. Mientras le observaban con el rabillo del ojo, parecían meditar un plan de venganza; y, ensordecido por el zumbido de los insectos, golpeado por coletazos de pájaros, sofocado por cálidos alientos, caminaba con los brazos hacia adelante y los ojos cerrados como un ciego, sin tener ni siquiera la fuerza de gritar: «¡Misericordia! «.

Vibró en el aire el canto de un gallo. Le contestaron otros; amanecía; y Julián reconoció, por encima de los naranjos, el caballete de su palacio.

Después, en la orilla de un campo vio, de tres en tres pasos, perdices rojas que revoloteaban entre las cañas. Se desabrochó la capa y la echó sobre ellas como una red. Cuando la levantó, encontró sólo una perdiz, y muerta desde hacía mucho tiempo, ya putrefacta.

Esta decepción le exasperó más que ninguna otra.

Volvió a dominarle el ansia de matar; no había animales y habría querido matar hombres.

Subió los tres terraplenes, hundió la puerta de un puñetazo; mas al pie de la escalera el recuerdo de su amada esposa le ablandó el corazón. Seguramente estaba durmiendo, y él iba a sorprenderla.

Se quitó las sandalias, giró despacio la cerradura y entró.

Las vidrieras emplomadas oscurecían la leve claridad del alba. A Julián se le enredaron los pies en unas vestiduras tiradas en el sue-

lo; un poco más lejos, tropezó con un aparador lleno aún de vajilla. «Seguramente habré comido», pensó; y avanzaba hacia el lecho, perdido en la tiniebla al fondo del aposento. Cuando llegó a tocarlo se inclinó para besar a su esposa sobre la almohada, donde descansaban las dos cabezas, muy cerca una de otra. Sintió contra la boca la impresión de una barba.

Retrocedió, creyendo enloquecer; mas volvió junto al lecho, y sus dedos palparon una cabellera muy larga. Para convencerse de su error, pasó despacio la mano sobre la almohada. ¡Esta vez era, bien seguro, una barba y un hombre! ¡Un hombre durmiendo con su mujer!

Presa de desmesurada furia, se arrojó sobre ellos a puñaladas; y pateaba, echaba espuma por la boca, con aullidos de fiera. Luego se quedó quieto. Los muertos, heridos en el corazón, no habían hecho el menor movimiento. Julián escuchaba atentamente los dos estertores casi iguales, y a medida que se iban amortiguando, otro, muy lejos, los proseguía. Insegura al principio, aquella voz plañidera,

largamente emitida, se iba acercando, iba creciendo, hasta llegar a ser cruel; y Julián reconoció, aterrado, el bramido del gran ciervo negro.

Y, mirando hacia atrás, creyó ver en el hueco de la puerta el fantasma de su mujer, con una luz en la mano.

Venía atraída por el estrépito del exterminio. Abarcando el escenario de una ojeada, comprendió

lo ocurrido y, huyendo horrorizada, dejó caer la antorcha.

Julián la levantó.

Allí, ante él, yacían sus padres, tendidos sobre la espalda, con un agujero en el pecho; y sus rostros, de una dulzura majestuosa, parecían guardar un secreto eterno. En su pálida piel, en las sábanas del lecho, en el suelo, a lo largo del cuerpo de un cristo de marfil colgado a la cabecera, salpicaduras y charcos de sangre. El reflejo escarlata de la vidriera, en la que daba ya el sol, clareaba aquellas manchas rojas y proyectaba muchas más en todo el aposento. Julián se dirigió hacia los dos muertos diciéndose, queriendo

creer que aquello no era posible, que se había equivocado, que a veces hay parecido inexplicables. Se inclinó ligeramente para ver de muy cerca al anciano, y entre sus ojos mal cerrados percibió una pupila extinta que le quemó como si fuera fuego. Pasó al otro lado de la cama, adonde estaba el otro cuerpo, cuya cabellera blanca tapaba una parte del rostro. Julián le levantó con la mano las crenchas, le alzó la cabeza. Y la miraba, sosteniéndola con el extremo de su brazo doblado, mientras, antorcha en la otra mano, se alumbraba con ella. El colchón goteaba despacio sobre el suelo.

Al anochecer se presentó ante su esposa; y, con una voz diferente de la suya, comenzó por ordenarle que no le replicara, que no se le acercara, que dejara de mirarle, Y que tenía que cumplir, so pena de condenarse, todas sus órdenes, irrevocables.

Los funerales se harían siguiendo las instrucciones que él había dejado escritas en un reclinatorio de la estancia de los muertos. Le dejaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin quedarse siquiera la vestidura de su

cuerpo ni sus sandalias, que encontrarían en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, porque desde entonces el ya no existía.

Los muertos fueron enterrados con magnificencia en la iglesia de un monasterio a tres jornadas del castillo. Lejos de todos los demás, sin que nadie se atreviese a hablarle, seguía el cortejo un monje con la cogulla echada.

Pasó toda la misa tendido boca abajo en medio del atrio, con los brazos en cruz y la frente en el polvo.

Después de la inhumación, le vieron tomar el camino que conducía a las montañas. Miró atrás varias veces y acabó por desaparecer.

III

Se fue por el mundo mendigando el sustento.

Tendía la mano a los que cabalgaban por los caminos, con genuflexiones que se acer-

caban a las de los segadores, o bien se plantaba, inmóvil, ante los portillones de los patios; y era tan triste su cara que nunca le negaban la limosna.

Como acto de humildad. contaba su historia; y entonces le huían, haciendo la señal de la cruz. En los pueblos por los que ya había pasado, cerraban las puertas en cuanto le reconocían, le gritaban amenazas, le tiraban piedras. Los más caritativos posaban una escudilla en el borde de la ventana y echaban el tejadillo para no verle.

Arrojado de todas partes, evitó a los hombres; y se alimentó de raíces, de plantas, de frutos perdidos y de mariscos que buscaba por las playas.

A veces, en la ladera de un alcor, veía bajo sus ojos una confusión de tejados muy juntos, unas torres, unas calles negras que se entrecruzaban, y subía hasta él un zumbido continuo.

La necesidad de sumarse a la vida de los demás le hacía bajar a la ciudad. Más la pinta bestial de las caras, el ruido de los oficios, la indiferencia de las palabras le helaban el co-

razón. Los días de fiesta, cuando, desde el alba, el bordón de las catedrales ponía en algazara a todo el pueblo, miraba a los habitantes saliendo de sus casas, y después al baile en las plazuelas, y las fuentes de cerveza en las esquinas, y las colgaduras de damasco en los palacios de los príncipes, y, llegada la noche, por las cristaleras de la planta baja, las largas mesas de familia, en torno a las cuales los abuelos tenían a los niños sobre las rodillas; le ahogaba la congoja, y se volvía a los campos.

Contemplaba con arrebatos de amor a los potros en las praderas, a los pájaros en los nidos, a los insectos posados en las flores; y al acercarse él, todos corrían más lejos, se escondían asustados, echaban a volar.

Buscó las soledades. Pero el viento le traía al oído como estertores de agonía; las lágrimas del rocío cayendo al suelo le recordaban otras gotas más pesadas. Todos los atardeceres, el sol derramaba sangre en las nubes; y todas las noches se repetía, en sueños, su parricidio.

Se hizo un cilicio con puntas de hierro; subió de rodillas todas las colinas que tenían en la cima un santuario. Pero el implacable pensamiento oscurecía el esplendor de los tabernáculos, le torturaba a través de las maceraciones de la penitencia.

No se rebelaba contra Dios, que le había infligido aquella acción, y sin embargo se desesperaba por haberla cometido.

Su propia persona le inspiraba horror tal que, con la esperanza de liberarse de ella, se aventuraba en mil peligros. Salvó de incendios a los paralíticos, de precipicios a los niños. El abismo le rechazaba, las llamas le respetaban.

El tiempo no lenificó su tortura, era cada vez más intolerable. Decidió morir.

Y un día en que se encontraba al borde de un hontanar, se inclinó sobre el agua para calcular su profundidad y vio frente a él a un anciano esquelético, blanca la barba y tan lamentable el aspecto, que le fue imposible contener el llanto. El otro también lloraba. Julián, sin reconocer su propia imagen, recor-

daba confusamente un rostro parecido a aquél. Lanzó un grito; aquel hombre era su padre; y ya no pensó en matarse.

Llevando de esta suerte el peso de su recuerdo, recorrió muchos países. Y llegó junto a un río peligroso de atravesar porque era muy violenta su corriente y porque había en sus orillas gran extensión de limo. Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a pasarlo.

Más atrás, una vieja barca erguía su popa entre las cañas. Julián la inspeccionó y descubrió en ella un par de remos; se le ocurrió la idea de dedicar su vida al servicio del prójimo.

Comenzó por abrir en la orilla una especie de calzada que permitía bajar hasta el cauce; y se rompía las uñas removiendo unas piedras enormes, las apoyaba en el vientre para trasladarlas, resbalaba en el limo, se hundía en él, varias veces estuvo a punto de sucumbir.

Después reparó la barca con despojos de navíos, y se hizo una choza con barro y troncos de árboles.

Conocido el paso, fueron acudiendo los viajeros. Le llamaban de la orilla opuesta agitando banderas; Julián se apresuraba a saltar a

la barca. Era muy pesada, y la sobrecargaban con toda clase de equipajes y de fardos, sin contar las bestias de carga, que coceando de miedo dificultaban más la travesía.

No pedía nada por su trabajo; a veces le daban restos de vituallas que sacaban del morral o prendas de vestir muy usadas que ellos ya no querían. Algunos bárbaros vomitaban blasfemias. Julián los amonestaba con dulzura y ellos le replicaban con insultos. El se contentaba con bendecirlos.

Una mesita, un escabel, un camastro de hojas secas y tres copas de barro: tal era todo su ajuar. A guisa de ventanas, dos huecos abiertos en la pared. Por un lado, se extendían hasta perderse de vista unas llanuras yermas en las que se destacaban de vez en cuando algunos pálidos charcos; y a sus pies corrían las aguas verdosas del gran río. En primavera, la tierra húmeda exhalaba un olor a podrido. Después un viento huracanado levantaba torbellinos de polvo. Un polvo que entraba en todas partes, que lo enfangaba todo, que crujía entre las encías. Un poco más tarde eran las nubes de mosquitos, cuyo agu-

do zumbido y cuyas picaduras no daban tregua de noche ni de día. Al poco tiempo sobrevinían unas heladas terribles que daban a las cosas la rigidez de la piedra y despertaban una necesidad de comer carne.

Pasaban meses sin que Julián viera un alma viviente. A menudo cerraba los ojos, tratando de rememorar su juventud. Y aparecía el patio de un castillo, con unos lebreles en una escalinata y, bajo un dosel de pámpanos, un adolescente de cabello rubio entre un anciano vestido de pieles y una dama con un gran capirote; de pronto surgían los dos cadáveres. Se tumbaba boca abajo en su camastro, y repetía entre sollozos:

« ¡Ah, pobre padre, pobre madre, pobre madre! »

Y caía en un sopor en el que persistían las lúgubres visiones.

Una noche, dormido, creyó oír que alguien le llamaba. Aguzó el oído y no oyó más que el retumbo del río. Pero la misma voz repitió: «¡Julián!» Parecía venir de la otra orilla, lo que le pareció extraordinario, por lo ancho

que era el río. Llamaron por tercera vez: «¡Julián!»

Y aquella voz tan alta tenía son de campana de iglesia.

Encendió el farol y salió de la choza. Un furioso huracán reinaba en la noche. Acá y allá, la blanca espuma de la rompiente alborotada desgarraba la profunda tiniebla.

Después de un minuto de vacilación, Julián soltó la amarra. Y de pronto quedó tranquila el agua, deslizóse la barca sobre ella y arribó a la otra orilla, donde esperaba un hombre.

Estaba envuelto en harapos, el rostro como una máscara de yeso y los dos ojos más rojos que dos brasas. Julián acercó a él el farol y vio que estaba todo cubierto de una horrible lepra; sin embargo, había en su porte como una majestad de rey.

En cuanto el hombre aquel entró en la barca, hundióse ésta prodigiosamente, vencida por su peso; volvió a ascender por una sacudida, y Julián se puso a remar.

A cada golpe de remo, la resaca del oleaje la levantaba de proa. A uno y otro lado de la borda, corría, más negra que la tinta, el agua.

Ahondaba abismos, levantaba montañas, y la chalupa saltaba sobre ellas, volvía a descender a las profundidades, y en las profundidades daba vueltas, bamboleada por el viento.

Julián arqueaba el cuerpo, abría los brazos y, afianzándose sobre los pies, se echaba hacia atrás con una torsión de la cintura, para acrecer su fuerza. El granizo le golpeaba las manos, la lluvia le corría por la espalda, la violencia del aire le cortaba el aliento. Se detuvo. Entonces la barca fue arrastrada a la deriva. Mas, comprendiendo que se trataba de algo trascendental, de una orden a la que no podía dejar de obedecer, volvió a coger los remos; y el crujir de los cálamos cortaba el clamor de la tempestad.

Alumbraba, delante, el pequeño farol. De vez en cuando lo tapaba el revolotear de unos pájaros. Más Julián seguía viendo los ojos del leproso, que se sostenía de pie en la popa, inmóvil como una columna.

Y esto duró algún tiempo, ¡mucho tiempo!

Llegados a la choza, Julián cerró la puerta y le vio sentado en el escabel. La especie de sudario que le cubría había caído hasta las

caderas; y los hombros, el pecho, los escuálidos brazos desaparecían bajo unas costras de pústulas escamosas. Arrugas profundísimas le surcaban la frente. Igual que un esqueleto, tenía un agujero en el lugar de la nariz; y sus labios, azulencos, emitían un aliento espeso como una niebla y nauseabundo.

-¡Tengo hambre! -dijo.

Julián le dio lo que tenía: un trozo de tocino seco y unas cortezas de pan negro.

Cuando lo hubo devorado, la mesa, la escudilla y el mango del cuchillo tenían las mismas manchas que se veían en el cuerpo del leproso.

Luego dijo:

-¡Tengo sed!

Julián fue a buscar su jarro; y al cogerlo salió de él un aroma que le henchía el corazón y las ventanas de la nariz. Era vino. ¡Qué hallazgo! Pero el leproso alargó el brazo y, de un trago, vació el jarro.

Julián, con la candela, encendió un montón de helechos en mitad de la choza.

El leproso se acercó a calentarse; y, en cucullas, temblaba todo él, iba desfalleciendo;

no le brillaban ya los ojos, le supuraban las úlceras, y, con voz casi inaudible, murmuró:

-¡Tu cama!

Julián le ayudó suavemente a llegar hasta ella, y hasta extendió sobre él, para abrigarle, la vela de su barca.

El leproso gemía. Por las comisuras de la boca se le veían los dientes, un estertor acelerado le agitaba el pecho, y a cada respiración se le hundía el vientre hasta las vértebras.

Después cerró los párpados.

-¡Tengo los huesos como de hielo ¡Ven a mi lado!

Y Julián, apartando la lona, se acostó a su lado sobre las hojas secas.

El leproso volvió la cabeza.

-¡Desnúdate para que yo reciba el calor de tu cuerpo!

Julián se quitó sus vestiduras; después, desnudo como vino al mundo, volvió a acostarse; sentía contra el muslo la piel del leproso, más fría que una serpiente y áspera como una lima.

Procuraba animarle; y el leproso respondía jadeante:

-¡Ah, voy a morir!... ¡Acércate más, caliéntame!

¡Con las manos no, con todo tu cuerpo!

Julián se tendió sobre él enteramente, boca con boca, pecho con pecho.

Entonces el leproso le abrazó; y sus ojos relucieron de pronto con una claridad de estrellas; se le alargaron los cabellos como rayos de sol; el hálito de su boca era dulce como aroma de rosas; una nube de incienso se elevó del hogar, y las olas cantaban. Un raudal de delicias, una alegría sobrehumana descendía como una inundación al alma de Julián extasiado; y aquel que con los brazos le estrechaba iba creciendo, tocando con la cabeza y con los pies las dos paredes de la cabaña. Voló el techo, se extendía el firmamento; y Julián ascendió hacia los espacios azules, cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo, que le llevaba al cielo.

Y ésta es la historia de San Julián el Hospitalario, aproximadamente tal como se ve en una vidriera de iglesia de mi tierra.

FIN

HERODÍAS

La ciudadela de Machaerus se alzaba al oriente del Mar Muerto, en un picacho de basalto en forma de cono. Cuatro valles profundos la rodeaban, dos en los costados, otro enfrente y el cuarto detrás. Las casas se amontonaban en su base, dentro del cerco de un muro que ondulaba siguiendo las desigualdades del terreno; y por un camino en zigzag tallado en la roca la ciudad se unía a la fortaleza, cuyas murallas tenían ciento veinte codos de altura, con numerosos ángulos, almenas en los bordes y de trecho en trecho torres

que eran como llorones de aquella corona de piedra suspendida sobre el abismo.

Dentro había un palacio adornado con pórticos y cubierto por una azotea cerrada por una balaustrada de madera de sicómoro y en la que se alzaban unos mástiles dispuestos para tender un toldo.

Una mañana, antes de que amaneciera, el tetrarca Herodes Antipas fue a acodarse en la balaustrada y a observar.

Las montañas, que quedaban inmediatamente debajo, comenzaban a descubrir sus cimas, en tanto que su mole, hasta el fondo de los precipicios, seguía todavía en la sombra. Flotaba una neblina que se fue desgarrando y aparecieron los contornos del Mar Muerto. El alba, que se levantaba detrás de Machaerus, iba enrojeciendo el horizonte y no tardó en iluminar la arena de la playa, las colinas, el desierto y, más lejos, todos los montes de Judea, con sus laderas escabrosas y grises. Engaddi, en el centro, trazaba una raya negra; Hebrón, en el fondo, se redon-

deaba en forma de cúpula; Esquol tenía granados; Sorek, viñas; el Carmelo, campos de sésamo; y la torre Antonia dominaba a Jerusalén, con su cubo monstruoso. El tetrarca desvió la mirada para contemplar, a la derecha, las palmeras de Jericó, y recordó las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum,

Endor, Nazaret, Tiberíades, adonde tal vez no volvería. Entretanto, el Jordán corría por la llanura árida, completamente blanca y deslumbrante como una capa de nieve. El lago, en aquel momento, parecía de lapislázuli; y en su extremo meridional, del lado del Yemen, Antipas reconoció lo que temía ver: pardas tiendas de campaña dispersas, soldados con lanzas que circulaban entre los caballos y fogatas que al extinguirse brillaban como chispas a ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los árabes, a la hija del cual había repudiado para tomar a Herodías, casada con uno de sus hermanos que vivía en Italia sin pretensiones al poder.

Antipas esperaba la ayuda de los romanos, y como Vitelio, gobernador de Siria, tardaba en presentarse, le roía la inquietud.

¿Acaso Agripa le había desprestigiado ante el emperador? Filipo, su tercer hermano, soberano de la Betania, se armaba clandestinamente. Los judíos rechazaban sus costumbres idólatras, y todos los otros su dominación, de modo que vacilaba entre dos proyectos: apaciguar a los árabes o concluir una alianza con los partos; y con el pretexto de festejar su cumpleaños había invitado a un gran festín que se realizaría ese mismo día a los jefes de sus tropas, los administradores de sus campos y los notables de Galilea.

Registró con mirada penetrante todos los caminos. Estaban desiertos. Unas águilas volaban sobre su cabeza; los soldados dormían apoyados en las paredes a lo largo de la muralla, y nada se movía en el castillo.

De pronto una voz lejana, como salida de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al tetrarca. Se inclinó para escucharla, pero había callado. Se la oyó de nuevo, no obstante, y entonces Herodes dio unas palmadas y gritó:

-iMannaei! iMannaei!

Se presentó un hombre desnudo hasta la

cintura, como los masajistas de los baños. Era muy alto, viejo, flaco, y llevaba al costado un cuchillo en una vaina de bronce. Su cabellera, levantada por una peineta, exageraba la longitud de su frente. Cierta somnolencia le empalidecía los ojos, pero le brillaban los dientes y sus pies se posaban suavemente en las losas; todo su cuerpo tenía la agilidad de un mono, y su rostro la impasibilidad de una momia.

-¿Dónde está él? -preguntó el tetrarca.

Mannaei contestó, señalando con el pulgar un objeto situado detrás de ellos:

-Allí, como siempre.

-Me había parecido oírle.

Y Antipas, después de respirar ampliamente, se informó acerca de Iaokanann, al que los latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto a ver a los dos hombres admitidos por

indulgencia en su calabozo el mes anterior y se había averiguado qué habían ido a hacer?

Mannaei contestó:

--Cambiaron con él palabras misteriosas, como hacen los ladrones por la noche en las encrucijadas de los caminos. Luego se dirigieron a la Alta Galilea, anunciando que llevaban una gran noticia.

Antipas bajó la cabeza, y luego, en tono de espanto, dijo:

-¡Vigíalo! ¡Vigíalo! ¡Y no dejes entrar a nadie! ¡Cierra bien la puerta! ¡Cubre el foso! ¡Ni siquiera deben sospechar que vive!

Sin haber recibido esas órdenes, Mannaei ya las cumplía, pues Iaokanann era judío y él execraba a los judíos como todos los samaritanos.

Su templo de Garizim, destinado por Moisés para ser el centro de Israel, no existía ya desde el reinado de Hircano, y el de Jerusalén les enfurecía como un ultraje y una injusticia permanentes. Mannaei se había introducido en él para mancillar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, menos rápidos, habían sido decapitados.

Lo vio entre dos colinas. El sol hacía resplandecer sus muros de mármol blanco y las láminas de oro de su techumbre. Parecía una montaña luminosa, algo sobrehumano que aplastaba todo con su opulencia y su orgullo.

Mannaei extendió el brazo hacia Sión, y con el cuerpo erguido, la cabeza hacia atrás y los puños cerrados, le lanzó un anatema, creyendo que las palabras tenían un poder efectivo.

Antipas le escuchaba sin que pareciera escandalizado.

El samaritano añadió:

-A veces se agita, desearía huir y espera la liberación. Otras veces tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien lo veo caminar en la oscuridad repitiendo: 11 "¿Qué importa? Para que él crezca yo tengo que empequeñecerme".

Antipas y Mannaei se miraron. Pero el tetrarca estaba cansado de reflexionar.

Todos aquellos montes que lo rodeaban como grandes olas petrificadas, los negros precipicios en las laderas de los acantilados, la inmensidad del cielo azul, la luz violenta del

sol, la profundidad de los abismos le turbaban, y se sentía desolado ante el espectáculo del desierto, que simula, con su desquiciamiento geológico, anfiteatros y palacios derrumbados. El viento cálido llevaba, con un olor de azufre, como la exhalación de las ciudades malditas, enterradas debajo de la ribera, bajo las aguas densas. Esas señales de una ira inmortal le espantaban, y permanecía con ambos codos apoyados en la balaustrada, los ojos fijos y las sienes entre las manos.

Alguien le tocó. Se volvió. Herodías estaba erguida delante de él.

Una toga de púrpura liviana la cubría hasta las sandalias. Como había salido precipitadamente de su habitación, no llevaba collares ni zarcillos. Una trenza de su cabello negro le caía sobre el brazo y su extremo se hundía entre los senos. Le palpitaban las aletas de la nariz, le iluminaba el rostro un júbilo triunfal, y dijo con voz fuerte, sacudiendo al tetrarca: - César nos ama. Agripa está preso. -¿Quién te lo ha dicho? -¡Lo sé!

Y agregó:

-Es por haber deseado el imperio para Cayo.

Aunque vivía de sus limosnas, había intrigado para obtener el título de rey, que también ellos ambicionaban. Pero en el porvenir nada había que temer.

-Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y a veces no está asegurada la vida en ellos.

Antipas le comprendió, y aunque era hermana de Agripa, su cruel intención le pareció justificada. Esos asesinatos eran una consecuencia de las cosas, una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes ya no se los contaba.

Herodías expuso su plan: los clientes comprados, las cartas descubiertas, espías en todas las puertas y cómo había conseguido seducir a Eutiques, el delator.

-¡Nada me costaba! ¿No he hecho más por ti? ... ¡He abandonado a mi hija!

Después de su divorcio había dejado en

Roma a aquella niña, con la esperanza de tener otros hijos del tetrarca. Nunca hablaba de ello, y Antipas se preguntó a qué se debía ese enternecimiento.

Habían desplegado el toldo y colocado rápidamente grandes almohadones cerca de ellos. Herodías se sentó y lloró vuelta de espaldas. Luego se pasó la mano por los ojos, dijo que no quería seguir pensando en aquello, que se consideraba dichosa, y recordó a Antipas sus conversaciones en el atrio, sus encuentros en las termas, sus paseos a lo largo de la Vía Sacra y los anocheceres en las grandes quintas de recreo, entre el murmullo de los surtidores, bajo arcos de flores, ante la campiña romana. Lo miraba como en otro tiempo, restregándose contra su pecho y con gestos mimosos. *El* la rechazó. ¡Estaba ya tan lejos el amor que ella trataba de reanimar! Y todas sus desdichas se derivaban de ello, pues la guerra continuaba desde hacía casi doce años. Había envejecido al tetrarca. Sus hombros se encorvaban bajo una toga oscura con ribete violeta, su cabello blanco se mezclaba con la barba, y los rayos del sol que

atravesaban el velo iluminaban su frente apesadumbrada. La' de Herodías también tenía arrugas; y el uno frente al otro se contemplaban con gesto huraño.

Los caminos de la montaña comenzaron a poblarse con pastores que aguijaban a sus bueyes, niños que llevaban del ramal a sus asnos, palafreneros que conducían caballos. Los que bajaban de las alturas, al otro lado del Machaerus, desaparecían detrás del castillo; otros subían por la barranca de enfrente y cuando llegaban a la ciudad descargaban sus bagajes en los patios. Eran los proveedores del tetrarca y los sirvientes que precedían a sus invitados.

Pero en el fondo de la azotea, a la izquierda, apareció un esenio con túnica blanca, descalzo y de aspecto estoico. Mannaiei, desde la derecha, se abalanzó hacia él levantando el cuchillo.

Herodías le gritó:

-¡Mátale!

-¡Detente! -ordenó el tetrarca.

Mannaiei se quedó inmóvil, y el otro también.

Luego, los dos se retiraron, cada uno por una escalera 11 distinta, andando hacia atrás y sin perderse de vista.

-Yo lo conozco -dijo Herodías-. Se llama Fanuel y trata de ver a laokanann, porque tú te obcecas en conservarlo.

Antipas objetó que podría ser útil algún día. Sus imprecaciones contra Jerusalén ganaban para ellos la buena voluntad de los demás judíos.

-¡No! -replicó Herodías-. Aceptan todos los amos y no son capaces de crear una patria.

En cuanto al que agitaba al pueblo con esperanzas mantenidas desde Nehemías, la mejor política consistía en suprimirlo.

Nada apremiaba, según el tetrarca. ¿Laokanann peligroso? ¡Vamos! Y simulaba tomarlo a risa. -

¡Calla! -ordenó.

Ella recordó su humillación un día que iba a Galaad para la cosecha del bálsamo:

-La gente volvía a vestirse a la orilla del

río. En un montículo cercano hablaba un hombre. Tenía una piel de camello alrededor de la cintura y su cabeza parecía la de un león. En cuanto me vio escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus ojos llameaban, su voz rugía y alzaba los brazos como para arrancar el trueno. ¡Era imposible huir! Las ruedas de mi carro tenían arena hasta en los ejes, y tuve que alejarme lentamente, envuelta en mi manto, helada por aquellas injurias que caían sobre mí como lluvia de tempestad.

Laokanann le impedía vivir. Cuando lo prendieron y ataron con cuerdas, los soldados tenían orden de apuñalarlo si se resistía, pero se mostró dócil. Pusieron serpientes en su prisión, pero murieron.

La inanidad de esas tentativas exasperaba a Herodías. Además, ¿por qué le hacía la guerra? ¿Qué interés lo impulsaba? Sus discursos, gritados a las multitudes, se difundían, circulaban, los oía en todas partes, llenaban el aire.

Contra las legiones se habría mostrado valiente, pero aquella fuerza más perniciosa que las espadas y que no se podía dominar era pasmosa. Y daba vueltas por la azotea, pálida de ira, sin encontrar palabras para expresar lo que la ahogaba.

Pensaba también que el tetrarca, cediendo a la opinión pública, tal vez se atrevería a repudiarla. ¡Entonces todo se perdería! Desde su infancia soñaba con un gran imperio. Para obtenerlo había abandonado a su primer esposo por aquel otro, que la había engañado según pensaba ella.

-¡Buen apoyo he encontrado ingresando en tu familia! -exclamó.

-Vale tanto como la tuya -replicó sencillamente el tetrarca.

Herodías sintió que hervía en sus venas la sangre de los sacerdotes y reyes antepasados suyos.

-¡Pero tu abuelo barría el tempo de Ascalón! ¡Y los otros eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda tributaria de Judá desde el reinado de David! ¡Todos mis antepasados vencieron a los tuyos! ¡El

primero de los Macabeos os arrojó de Hebrón, e Hircano os obligó a circuncidaros!

Y, exhalando el desprecio de la patricia por el plebeyo, el odio de Jacob contra Esaú, le reprochó su indiferencia ante los ultrajes, su debilidad con los fariseos que lo traicionaban, su cobardía con la gente que la detestaba.

-¡Eres como ellos, confiésalo! Y echas de menos a la muchacha árabe que danza alrededor de las piedras. ¡Vuelve a tomarla! ¡Vete a vivir con ella en su casa de tela! ¡Devora su pan cocido bajo la ceniza! ¡Traga la leche cuajada de sus ovejas! ¡Besa sus mejillas cárdenas! ¡Y olvídame!

El tetrarca no escuchaba ya. Miraba la azotea de una casa, donde estaban una muchacha y una anciana que tenía una sombrilla con mango de bambú, largo como la caña de un pescador. En medio de la alfombra se hallaba abierta una gran canasta de viaje. De ella desbordaban confusamente ceñidores, velos y arracadas de piedras preciosas. La joven se inclinaba de vez en cuando sobre aquellas cosas y las sacudía en el aire. Vestía como las romanas una túnica rizada y un peplo con

borlas de esmeralda; correas azules le sujetaban la cabellera, sin duda demasiado pesada, porque de cuando en cuando se llevaba la mano a ella. La sombra del quitasol se paseaba sobre la muchacha y la ocultaba a medias. Antipas vio dos o tres veces su cuello delicado, el rabillo de un ojo, la comisura de una boquita. Pero podía ver bien desde las caderas hasta la nuca todo su talle, que se inclinaba para volver a enderezarse de una manera elástica. Espiaba la repetición de ese movimiento, y su respiración se hacía más fuerte y se encendían llamas en sus ojos. Herodías lo observaba.

¿Quién es ella? -preguntó Antipas.

Herodías respondió que no lo sabía, y se fue, aplacada de pronto.

Al tetrarca lo esperaban en los pórticos los galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los pastos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia que mandaba a sus soldados de caballería. Todos lo saludaron con una aclamación. Luego entró en las habitacio-

nes interiores.

Apareció Fanuel en el recodo de un pasillo.

-¡Otra vez! ¿Vienes, sin duda, por Iaokannann?

-Y por ti. Tengo que comunicarte algo importante.

Y sin separarse de Antipas, penetró, detrás de él, en una habitación oscura.

La luz entraba por una reja que corría a lo largo de la cornisa. Las paredes estaban pintadas con un color granate, casi negro. En el fondo había un lecho de ébano con cinchas de cuero de vaca. Sobre él brillaba como un sol un escudo de oro.

Antipas cruzó toda la sala y se acostó en el lecho.

Fanuel, de pie, levantó el brazo y en actitud inspirada dijo:

-El Altísimo envía en ocasiones a uno de sus hijos. Iaokannann es uno de ellos. Si lo oprimes, serás castigado.

-¡Es él quien me persigue! --exclamó Antipas-. Me exigió una acción imposible, y desde entonces me desgarró. Y yo no era duro al comienzo. Incluso ha enviado desde Machae-

rus hombres que agitan mis provincias. ¡Mal-dito sea! ¡Puesto que me ataca, me defiendo!

-Sus iras son demasiado violentas -replicó Fanuel-. Pero no importa. Hay que ponerlo en libertad.

-¡No se suelta a las fieras! -dijo el tetrarca. El esenio replicó:

-No te preocupes. Irá a predicar entre los árabes, los galos y los escitas. ¡Su misión debe extenderse hasta el extremo de la tierra!

Antipas pareció abstraerse en una visión. - Su poder es grande. ¡A mi pesar, le amo! - Entonces, ¿quedará en libertad?

El tetrarca movió la cabeza negativamente. Temía a Herodías, a Mannaei y a lo desconocido.

Fanuel trató de convencerle, alegando, como garantía de sus proyectos, la sumisión de los esenios a los reyes. Se respetaba a aquellos hombres pobres, indomables por medio de los suplicios, vestidos de lino y que leían el porvenir en las estrellas.

Antipas recordó algo que le había dicho Fanuel momentos antes.

-¿Qué es eso que me anunciabas como importante?

Se presentó un negro, con el cuerpo blanco de polvo. Jadeaba y sólo pudo decir:

-¡Vitelio!

-¿Cómo? ¿Viene?

-Lo he visto. Antes de tres horas estará aquí. Los cortinones de los corredores se movieron como si los sacudiera el viento. Un rumor llenó el castillo, un alboroto de gente que corría, de muebles arrastrados, de vajillas de plata derribadas. Y en lo alto de las torres sonaban las bocinas para llamar a los esclavos dispersos.

II

Las murallas estaban cubiertas de gente cuando Vitelio entró en el palacio. Se apoyaba en el brazo de su intérprete y le seguía una gran litera roja adornada con penachos y espejos. Vestía la toga, el laticlavo de senador y los borceguíes de cónsul, y lo rodeaban los lictores.

Colocaron contra la puerta sus doce fascas, o sea varas atadas con una correa con un hacha en medio. Y todos se estremecieron ante la majestad del pueblo romano.

La litera, que conducían ocho hombres, se detuvo, y de ella salió un adolescente panzudo, de rostro granujiento y con los dedos cubiertos de perlas. Le ofrecieron una copa llena de vino y de aromas. La bebió y pidió otra.

El tetrarca se había arrojado a las rodillas del procónsul, lamentando, según decía, no haber tenido antes noticia del favor de su visita. De otro modo habría ordenado que preparasen en los caminos todo lo necesario para los Vitelios. Estos descendían de la diosa Vitelia. Una vía que llevaba del janículo al mar tenía todavía su nombre. Las cuesturas y los consulados eran innumerables en la familia; y a Lucio, en aquel momento su huésped, se le debía agradecimiento como vencedor de los Clitos y padre de aquel joven Aulio, que parecía volver a sus dominios, pues el Oriente era la patria de los dioses. Estas hipérboles fueron expresadas en latín. Vitelio las aceptó impasiblemente.

Respondió que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los juegos Olímpicos. Había erigido templos en honor de Augusto, y era paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a los Césares.

Entre las columnas con capiteles de bronce apareció Herodías, que avanzaba con aire de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que llevaban en bandejas de plata sobredorada perfumes encendidos.

El procónsul dio tres pasos para salir a su encuentro y, después que la saludara con una inclinación de cabeza, ella exclamó:

-¡Qué dicha que en adelante a Agripa, el enemigo de Tiberio, le sea imposible hacerle daño!

Vitelio ignoraba el acontecimiento y Herodías le pareció peligrosa. Y como Antipas juró que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por el Emperador, le preguntó:

-¿Inclusive en perjuicio de otros?

Había tomado rehenes del rey de los partos, sin que el Emperador pensara en ello, pero Antipas, presente en la conferencia, para

hacerse valer, se había apresurado a enviar la noticia. A eso se debían un rencor profundo y los retrasos en proporcionar socorros.

El tetrarca balbuceó, pero Aulio dijo, riendo:

Tranquilízate, yo te protejo.

El procónsul fingió no haber oído. La fortuna del padre dependía de la mancilla del hijo, y aquella flor del fango de Capri le procuraba beneficios tan considerables que la rodeaba de atenciones, aunque desconfiaba de ella, porque era venenosa.

En la puerta se produjo un tumulto. Introducían una recua de mulas blancas, montadas por personajes con vestimentas de sacerdotes. Eran los saduceos y fariseos, que iban a Machaerus impulsados por la misma ambición, los primeros para obtener los cargos de sacrificadores, y los otros para conservarlos. Sus rostros estaban sombríos, sobre todo los de los fariseos, enemigos de Roma y del tetrarea. Los faldones de las túnicas les estorbaban entre la muchedumbre, y sus tiaras oscilaban en su cabeza sobre las bandeletas de pergamino con fragmentos de la Sagrada

Escritura.

Casi al mismo tiempo llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido sus escudos en sacos para resguardarlos del polvo, y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del procónsul, con unos públicanos, que apretaban bajo el sobaco tabletas de madera.

Antipas presentó a los principales de su séquito: Tolmai, Kanthera, Sehón, Amnonio de Alejandría, que le compraba el asfalto; Naamann, capitán de sus vélites; y Iacim, el babilonio.

Vitelio se había fijado en Mannari.

-¿Quién es ése? -preguntó.

El tetrarca le dio a entender con un gesto que era el verdugo.

Luego presentó a los saduceos.

Jonatás, un hombrecito de modales desenvueltos y que hablaba griego, suplicó al señor que les honrara con una visita a Jerusalén. Contestó que iría allí probablemente.

Eleazar, de nariz corva y barba larga, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote guardado en la torre Antonia por la autoridad civil.

Luego, los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Con motivo de un loco que buscaba los vasos de oro de David en una cueva cerca de Samaria, había matado a algunos habitantes. Y todos hablaban al mismo tiempo, Mannaei con más violencia que los otros. Vitelio aseguró que los criminales serían castigados.

Se oyeron vociferaciones frente al pórtico donde los soldados habían colgado sus escudos. Las fundas estaban deshechas y sobre los Umbo se veía la imagen de César. Eso era para los judíos una idolatría. Antipas los arengó, mientras Vitelio, en la columnata, sentado en un alto sitial, se asombraba de su furor. Tiberio había hecho bien al desterrar a cuatrocientos de ellos a Cerdeña. Pero en su país eran fuertes, por lo que ordenó que retiraran los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, implorándole que reparara las injusticias, así como privilegios y limosnas. Se desgarraban las

ropas, se aplastaban, y para hacer lugar, los esclavos golpeaban con sus bastones a derecha e izquierda. Los que estaban más cerca de la puerta bajaban por el sendero mientras otros subían; reflúan, y dos corrientes se cruzaban en aquella masa de hombres que oscilaba comprimida por el cerco de las murallas.

Vitelio preguntó por qué había allí tanta gente. Antipas le dijo que la causa era el festín para celebrar su cumpleaños. Y le mostró a muchas personas que, inclinadas sobre las almenas, izaban grandes cestos de viandas, frutas, legumbres, antílopes y cigüeñas, anchos peces azules, uvas, sandías y pirámides de granadas. Aulio no aguantó más. Corrió hacia las cocinas, impulsado por la glotonería que iba a sorprender al universo.

Al pasar cerca de una bodega vio unas' marmitas parecidas a corazas. Vitelio fue a verlas,

Estaban talladas en la roca, tenían altas bóvedas y pilares de trecho en trecho. La

primera contenía viejas armaduras, pero la segunda rebosaba de picas que alargaban sus puntas emergiendo de un haz de plumas. La tercera parecía tapizada con esteras de juncos, tantas eran las finas flechas colocadas perpendicularmente las unas junto a las otras. Hojas de cimitarras cubrían las paredes de la cuarta. En el centro de la quinta, hileras de cascos, con sus crestones, formaban una especie de batallón de serpientes rojas. En la sexta no se veían más que aljabas; en la séptima, grebas; en la octava, brazales; y en las siguientes, horquillas, garfios, escalas, cuerdas, iy hasta maderos para las catapultas y cascabeles para el petral de los dromedarios! Y como la montaña se ensancha en la base, ahuecada por dentro como un panal de abejas, debajo de aquellas habitaciones había otras muchas, todavía más profundas. Vitelio, Fincas, su intérprete, y Sisena, el jefe de los publicanos, las recorrieron a la luz de las antorchas que llevaban tres eunucos. En la penumbra se distinguían cosas horribles inventadas por los bárbaros: rompecabezas guardados con clavos, venablos que envenena-

ban las heridas, tenazas parecidas a mandíbulas de cocodrilo. En fin, el tetrarca poseía en Machaerus municiones de guerra para equipar cuarenta mil soldados. Las había acumulado en previsión de una alianza de sus enemigos. Pero el procónsul podía creer, o decir, que eran para combatir a los romanos, y pedía explicaciones.

Antipas alegó que no eran suyas; muchas servían para defenderse de los bandidos; otras eran necesarias para luchar contra los árabes; o bien todo aquello había pertenecido a su padre. Y en vez de ir detrás del proconsul, iba delante, a pasos rápidos. Luego se colocó pegado a una pared que ocultaba con la toga, y con los dos codos separados; pero el dintel de una puerta sobrepasaba su cabeza. Vitelio lo advirtió y quiso saber qué había

en aquella habitación.

Sólo podía abrirla el babilonio.

-Llama al babilonio.

Lo esperaron.

Su padre había venido de las orillas del Éufrates a ofrecerse a Herodes el Grande, con quinientos caballeros, para defender las fronteras orientales. Después de la partición del reino, Iacim se había quedado con Filipo y ahora servía a Antipas.

Se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicolores ceñían estrechamente sus piernas torneadas. Sus gruesos brazos salían de una túnica sin mangas, y un gorro de piel le sombreaba la cara, cuya barba estaba rizada en anillos.

Al principio pareció no comprender al intérprete. Pero Vitelio lanzó una mirada a Antipas, quien repitió inmediatamente su orden. Entonces, Iacim aplicó las dos manos a la puerta, que se deslizó por el muro.

Un soplo de aire cálido salió de las tinieblas. Un pasillo descendía dando vueltas; lo siguieron y llegaron a la entrada de una gruta más amplia que los otros subterráneos.

En el fondo se abría una arcada sobre el precipicio, que por ese lado defendía la ciudadela. Una madre selva asida a la bóveda dejaba caer sus flores a la luz del día. A ras del suelo murmuraba un hilillo de agua.

Había allí tal vez un centenar de caballos blancos que comían la cebada en una tabla colocada al nivel de su hocico. Todos tenían la crin pintada de azul, los cascos en mitones de esparto, y los pelos de entre las orejas ahuecados sobre el frontal como una peluca. Con su cola, muy larga, se golpeaban suavemente los jarretes. El procónsul se quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, flexibles como serpientes, ligeros como pájaros. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los soldados mordiéndoles en el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban sobre los precipicios, y durante todo un día mantenían en las llanuras su galope frenético; una palabra los detenía. Cuando entró Iacim se le acercaron como los corderos cuando aparece el pastor, y estirando el cuello lo miraban inquietos con sus ojos de niño. Por costumbre, Iacim lanzó

desde el fondo de la garganta un grito ronco que les alborozó, y se encabritaron, hambrientos de espacio y pidiendo que los dejaran correr.

Antipas, temiendo que Vitelio se los llevara, los había encerrado en aquel lugar, destinado a los animales en caso de sitio.

-La caballeriza es mala -dijo el procónsul-, y te expones a perderlos. Haz el inventario, Sisena.

El publicano sacó una tablilla de su cinturón, contó los caballos y los anotó.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían a los gobernadores para saquear las provincias. Aquél husmeaba por todas partes con su mandíbula de garduña y sus ojos parpadeantes.

Por fin, volvieron al patio.

Rodelas de bronce desparramadas en el pavimento cubrían las cisternas. Vitelio observó una mayor que las otras y que no sonaba como ellas al pisarla. Fue golpeando

todas alternativamente, y luego gritó, pataleando:

-¡Lo encontré! ¡Lo encontré! ¡Aquí está el tesoro de Herodes!

La búsqueda de esos tesoros era una manía de los romanos.

El tetrarca juró que no existían.

¿Pero qué había allí debajo?

-Nada. Un hombre, un preso.

-¡Muéstralo! --ordenó Vitelio.

El tetrarca no obedeció, alegando que los judíos conocerían su secreto. Su resistencia impacientó a Vitelio.

-¡Abrid eso! -gritó a los lictores.

Mannaei adivinó lo que querían hacer. Al ver un hacha, creyó que iban a decapitar a laokanann y detuvo al lictor cuando dio el primer golpe en la rodela. Luego introdujo entre ella y el piso una especie de gancho, estiró los largos brazos delgados, la levantó suavemente y la retiró. Todos admiraron la fuerza de aquel anciano. Bajo la doble cubierta de madera había una trampa de la misma dimensión. De un puñetazo separó las dos mitades y apareció un agujero, un foso enor-

me al que rodeaba una escalera sin barandilla. Y los que se inclinaron en el borde vieron en el fondo algo vago y espantoso.

Un ser humano estaba acostado en el suelo bajo una larga cabellera que se confundía con las pieles de animal que le cubrían la espalda. Se levantó. Su frente tocaba una reja empujada horizontalmente, y de cuando en cuando desaparecía en las profundidades de su antro.

El sol hacía brillar la punta de las tiaras y el pomo de las espadas, calentaba demasiado las losas, y unas palomas volaban desde los frisos y revoloteaban sobre el patio. Era la hora en que Mannaei les arrojaba habitualmente el grano. Se hallaba en cuclillas delante del tetrarca, que estaba de pie junto a Vitelio. Los galileos, los sacerdotes y los soldados formaban círculo detrás de ellos; todos callaban, angustiados por lo que iba a suceder.

Lo primero fue un gran suspiro, lanzado por una voz cavernosa.

Herodías lo oyó desde el otro lado del palacio. Fascinada, se abrió paso entre la multi-

tud, y se quedó escuchando, con una mano en el hombro de Mannaiei y el cuerpo inclinado.

La voz se elevó: -¡Ay de vosotros, fariseos y saduceos, raza de víboras, odres inflados, címbalos retumbantes!

Reconocieron la voz de Iaokanann. Circuló su nombre y acudió más gente.

-¡Ay de ti, oh pueblo, y de los traidores de Judá, los borrachos de Efraín, los que habitan en el valle fértil y los que se tambalean con los vapores del vino!

"¡Que se disipen como el agua que corre, como la babosa que se disuelve al pisarla, como el feto que no nace!

"Tú, Moab, tendrás que refugiarte en los cipreses como los pájaros, en las cavernas como los jerbos. Las puertas de tus fortalezas serán rotas con más facilidad que cáscaras de nuez, las murallas se derrumbarán, las ciudades arderán y el azote del Eterno no se detendrá. Revolverá vuestros miembros en

vuestra sangre, como la lana en la cuba del tintorero. Os desgarrará como un rastrillo nuevo. ¡Desparramará por las montañas todos los pedazos de vuestra carne!"

¿A qué conquistador se refería? ¿Era, a Vitelio? Sólo los romanos podían realizar ese exterminio. Se oyeron lamentos.

-¡Basta! ¡Basta! ¡Que termine!

Laokanann continuó, en voz más alta:

-¡Los niños se arrastrarán por las cenizas junto al cadáver de su madre! Por la noche irán a buscar el pan entre los escombros, a riesgo de encontrar las espadas. Los chacales se disputarán las osamentas en las plazas públicas, donde al anochecer conversaban los viejos. Tus vírgenes, tragándose sus lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero y tus hijos más valientes encorvarán la espalda, desollada por cargas demasiado pesadas.

El pueblo volvía a ver los días de su exilio, todas las catástrofes de su historia. Eran las palabras de los antiguos profetas, y laokanann las pronunciaba, una tras otra, como si asestara fuertes golpes.

Pero de pronto la voz se fue haciendo sua-

ve, armoniosa y cantante. Anunciaba una manumisión, esplendores celestes, al recién nacido con un brazo en la caverna del dragón, oro en vez de arcilla y el desierto floreciendo como una rosa.

-Lo que ahora vale sesenta quicares no costará ni un óbolo. Fuentes de leche brotarán de las rocas, se dormirá en los lagares con el estómago lleno. ¿Cuándo vendrás tú, a quien espero? ¡De antemano todos los pueblos se arrodillan y tu dominio será eterno, Hijo de David!

El tetrarca retrocedió, pues la existencia de un Hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Laokanann le increpó por su realeza:

-¡No hay más rey que el Eterno! -gritó, y le reprochó sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, ¡como el impío Acab!

Antipas rompió el cordelito del sello que llevaba colgado en el pecho y lo lanzó al foso, ordenándole que callara.

La voz replicó:

-¡Gritaré como un oso, como un asno silvestre, como una mujer que pare!

"El castigo lo tienes ya en tu incesto. Dios te aflige con la esterilidad del mulo."

Se oyeron risas parecidas al chapoteo de las olas.

Vitelio se obstinaba en quedarse. El intérprete, en tono impasible, repetía en el idioma de los romanos todas las injurias que Iaokannann rugía en el suyo. El tetrarca y Herodías se veían obligados a soportarlas dos veces. Él jadeaba, mientras ella observaba estupefacta el fondo del pozo.

El hombre terrible levantó la cabeza y, asiendo los barrotes, pegó a ellos el rostro, que parecía un matorral en el que brillaban dos ascuas.

-¡Ah, eres tú, Jezabel! Te apoderaste de su corazón con el crujido de tu calzado. Relinchabas como una yegua. Dispusiste tu lecho en los montes para realizar tus sacrificios

"¡El Señor te arrancará los zarcillos de las orejas, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, los anillos de tus brazos, las ajorcas de tus pies, las pequeñas medias lunas de oro que tiemblan en tu frente, los espejos de plata, los abanicos de plumas de avestruz, los

chapines de nácar que elevan tu estatura, el brillo de tus diamantes, los perfumes de tu cabello, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu voluptuosidad, ¡y faltarán piedras para lapidar a la adúltera!"

Herodías buscó a su alrededor con la mirada a alguien que la defendiera. Los fariseos bajaban hipócritamente la vista. Los saduceos volvían la cabeza, pues temían ofender al prócsul. Antipas parecía morir.

La voz se hacía más fuerte, se extendía, rodaba con desgarramientos de trueno, y al repetirla el eco de las montañas, fulminaba a Machaerus con rayos multiplicados.

-¡Arrójate en el polvo, hija de Babilonia!
¡Haz moler la harina! ¡Quítate el ceñidor, desátate el calzado, arremángate y pasa los ríos!
¡Tu vergüenza será descubierta, tu oprobio será visto! ¡Tus sollozos te romperán los dientes! ¡El Eterno aborrece el hedor de tus crímenes! ¡Maldita! ¡Maldita! ¡Revienta como una perra!

La trampa se cerró y cayó la cubierta. Mannaiei quería estrangular a Iaokanann.

Herodías desapareció. Los fariseos estaban

escandalizados. Antipas, entre ellos, se justificaba.

-Sin duda -dijo Eleazar- es lícito casarse con la esposa de un hermano, pero Herodías no era viuda, y además tenía un hijo, lo que constituye una abominación.

-¡Error! ¡Error! -objetó el saduceo Jonatás-. La Ley condena esos matrimonios, pero no los prohíbe por completo.

-¡No importa! Son muy injustos conmigo -dijo Antipas-, pues, al fin y al cabo, Absalón se acostaba con las mujeres de su padre, Judá con su nuera, Amón con su hermana y Lot con sus hijas.

Aulio, que había estado durmiendo, se despertó en aquel momento. Cuando le enteraron del asunto, aprobó al tetrarca. No debían preocuparse por semejantes tonterías. Y se rió mucho de la reprobación de los sacerdotes y del enfurecimiento de Iaoakanann.

Herodías se volvió hacia él desde la escalinata.

-Te equivocas, señor -dijo-. Iaoakanann ordena al pueblo que no pague los impuestos.

-¿Es verdad eso? -preguntó inmediatamente-

te el publicano.

Las respuestas fueron en general afirmativas y el tetrarca las confirmó.

Vitelio pensó que el preso podía huir, y como el comportamiento de Antipas le parecía sospechoso, apostó centinelas en las puertas, a lo largo de las murallas y en el patio.

Luego fue a ver su alojamiento. Los representantes de los sacerdotes lo acompañaron.

Sin referirse al cargo de sacrificador, cada uno de ellos expuso sus motivos de queja.

Todos le importunaban y los despidió.

Apenas se fue, Jonatás, Vitelio vio en una almena a Antipas conversando con un hombre de cabellera larga y túnica blanca, un esenio, y sintió haberle defendido.

Una reflexión había consolado al tetrarca. Laokanann no dependía ya de él, pues los romanos lo tomaban a su cargo. ¡Qué alivio! Fanuel se paseaba en aquel momento por el camino de ronda.

Lo llamó, y señalando a los soldados, dijo:

-Son los más fuertes. No puedo ponerlo en

libertad. Yo no tengo la culpa. El patio estaba desierto. Los esclavos descansaban. En el enrojecimiento del cielo, que inflamaba el horizonte, los menores objetos perpendiculares se destacaban en negro. Antipas distinguía las salinas en el otro extremo del Mar Muerto, pero no veía ya las tiendas de los árabes. ¿Se habían ido, acaso? Salía la luna y su corazón se apaciguaba.

Fanuel, abatido, permanecía con el mentón sobre el pecho. Por fin reveló lo que tenía que decir.

Desde el comienzo del mes estudiaba el cielo antes del alba; la constelación de Perseo se hallaba en el cenit, Agalah apenas se mostraba, Algol brillaba menos y Mira-Coeti había desaparecido. De ello auguraba la muerte de un hombre importante esa misma noche en Machaerus.

¿Quién? Vitelio estaba bien defendido. No ejecutarían a Iaokanann. "Por consiguiente soy yo", pensaba el tetrarca.

¿Tal vez volverían los árabes? ¿Descubriría el procónsul sus relaciones con los partos? Sicarios de Jerusalén acompañaban a los sa-

cerdotes y llevaban puñales bajo la ropa. El tetrarca no dudaba de la ciencia de Fanuel.

Se le ocurrió la idea de recurrir a Herodías. Sin embargo, la odiaba. Pero ella le daría valor, y además no estaban rotos todos los lazos del *hechizo* que había experimentado en otro tiempo.

Cuando entró en su habitación humeaba el cinamomo en una fuente de púrpura, y se veían dispersos polvos, ungüentos, gasas parecidas a nubes y bordados más livianos que plumas.

Nada dijo de la predicción de Fanuel ni de su temor a los judíos y los árabes, pues ella le habría acusado de cobardía. Solamente habló de los romanos. Vitelio no le había confiado sus planes militares. Lo suponía amigo de Cayo, que mantenía frecuentes relaciones con Agripa; y lo desterrarían o tal vez lo ahorcarían.

Herodías, con una indulgencia desdeñosa, trató de tranquilizarlo. Por fin, sacó de un cofrecito una medalla rara adornada con el perfil de Tiberio. Eso bastaría para hacer que palidieran los lictores y se desvanecieran

las acusaciones.

Antipas, conmovido de agradecimiento, le preguntó cómo había obtenido esa medalla.

-Me la dieron -contestó Herodías.

Desde detrás de una cortina situada frente a ellos salió un brazo desnudo, un brazo joven y encantador como si hubiese sido torneado en marfil por Policleto. De una manera un poco torpe y, no obstante, graciosa, se movió en el aire para recoger una túnica olvidada en un escabel junto a la pared.

Una anciana se la entregó en silencio apartando la cortina.

El tetrarca recordó, sin proponérselo, algo que no podía precisar.

¿Es tuya esa esclava? preguntó.

-¡Qué te importa? -respondió Herodías.

III

Los invitados llenaban la sala del festín. Tenía tres naves, como una basílica, separa-

das por columnas de madera de algunium, con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Dos galerías con hileras de ventanas se apoyaban en ellas, y una tercera con filigrana de oro se encorvaba en el fondo, frente a un enorme arco de bóveda que se abría en el otro extremo.

Había candelabros encendidos en las mesas alineadas en toda la longitud de las naves, y formaban como matorrales de fuego entre las copas de loza pintada, los platos de cobre, los cubos de nieve y los racimos de uvas; pero esas claridades rojizas se iban perdiendo poco a poco a causa de la é altura del techo, y a través de las ramas brillaban puntos luminosos que parecían estrellas. Por la abertura de la gran puerta se veían antorchas en las azoteas de las casas, pues Antipas festejaba a sus amigos, a su pueblo y **a todos los que** se presentaran.

Esclavos vigilantes como perros y calzados con sandalias de fieltro iban de un lado a otro conduciendo bandejas.

La mesa proconsular ocupaba, bajo la tribuna dorada, un estrado de tablas de sicómorro. Tapices de Babilonia formaban a su alrededor una especie de pabellón.

En tres lechos de marfil, uno enfrente y dos a los lados, se hallaban Vitelio, su hijo Aulio y Antipas, el procónsul cerca de la puerta, a la izquierda; Aulio a la derecha y el tetrarca en el centro.

Vestía un pesado manto negro cuya trama desaparecía bajo las aplicaciones de colores; tenía las mejillas pintadas, la barba en abanico y polvo de azul de cobalto en el cabello, sujeto por una diadema de piedras preciosas. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, que descendía en diagonal sobre una toga de lino. Aulio se había hecho anudar a la espalda las mangas de su túnica de seda violeta, bordada con hojuelas de plata. Los bucles de su cabello formaban pisos, y un collar de zafiros brillaba en su pecho, graso y blanco como el de una mujer. Junto a él en una estera y con las piernas cruzadas, se hallaba un niño muy bello que sonreía constantemente. Lo había visto en las cocinas, no podía prescindir de él y,

como le era difícil recordar su nombre caldeo, le llamaba sencillamente "el asiático". De vez et cuando se recostaba en el triclinio, y entonces sus pies descalzos dominaban la reunión.

En ese lado estaban los sacerdotes y los funcionarios de Antipas, los habitantes de Jerusalén y los notables de las ciudades griegas; y debajo del procónsul, Marcelo con los publicanos, los amigos del tetrarca, los personajes de Caná, Tolemaida Y Jericó. Luego, mezclados, montañeses del Líbano, veteranos de Herodes, doce tracios, un galo, dos germanos, cazadores de gacetas, pastores de Idumea, el sultán de Palmira, marineros de Eziongaber. Cada uno tenía delante una galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos; y los brazos, estirándose como cuellos de buitre, tomaban aceitunas, maníes y almendras. Todos los rostros estaban alegres bajo coronas de flores.

Los fariseos las habían rechazado por considerarlas una indecencia romana. Se estre mecían cuando los rociaban con gálbano e incienso, combinación reservada a los usos

del Templo.

Aulio se frotó con ella los sobacos, y Antipas le prometió todo un cargamento de tres cuévanos de ese verdadero bálsamo que había sido causa de que Cleopatra codiciase la Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberíades, recién llegado, se colocó detrás de él para informarle de acontecimientos extraordinarios, pero su atención se dividía entre el prócsul y lo que se decía en las mesas vecinas.

En ellas se hablaba de Iaokanann y de las personas de su especie; Simón de Gitión lavaba los pecados con fugo; cierto Jesús...

-¡Es el peor de todos! -exclamó Eleazar-. ¡Qué histrión infame! Detrás del tetarca se levantó un hombre, pálido como la orla de su clámide. Bajó del estrado y gritó a los fariseos: ¡Mentís! ¡Jesús hace milagros!

Antipas deseaba verlo y le dijo:

-Debías haberlo traído. Infórmanos.

El hombre contó que él, Jacob, tenía una hija enferma y fue a Cafarnaum para suplicar al Maestro que la curase. El Maestro respondió: "Vuelve a tu casa, está curada". Y la encontró en la puerta, pues se había levantado de la cama cuando el gnomon del reloj de sol del palacio marcaba la hora tercia, el instante mismo en que él se acercaba a Jesús.

Los fariseos objetaron que ciertamente existían prácticas y hierbas poderosas. Allí mismo, en Machaerus, se encontraba a veces el baarás, planta milagrosa que hace invulnerable, pero curar sin ver ni tocar era imposible, a menos que Jesús utilizase a los demonios.

Y los amigos de Antipas, los notables de Galilea, repitieron, moviendo la cabeza:

-Los demonios, evidentemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callaba en actitud altiva y bondadosa.

Le intimaban para que hablase.

-¡Justifica el poder de ese Jesús!

Se encogió de hombros, y en voz baja, lentamente, como asustado de sí mismo, pre-

guntó:

-¿No sabéis, pues, que es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron y Vitelio pidió que le explicasen esa palabra. Su intérprete tardó un minuto en responder.

Llamaban así a un libertador que les aportaría el disfrute de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. Algunos llegaban a sostener que serían dos. Al primero lo vencerían Gog y Magog, demonios del Norte, pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y desde hacía siglos lo esperaban de un momento a otro.

Los sacerdotes se pusieron de acuerdo y Eleazar tomó la palabra.

Ante todo, el Mesías sería hijo de David y no de un carpintero. Confirmaría la Ley y aquel nazareno la atacaba. Y, argumento más fuerte, debía precederle la venida de Elías.

Jacob replicó:

-¡Pero Elías ya ha venido!

-¡Elías! ¡Elías! -repitió la multitud hasta el otro extremo de la sala.

Todos veían con la imaginación a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al rayo encen-

diendo un altar, a los pontífices idólatras arrojados a los torrentes. Y en las tribunas, las mujeres pensaban en la viuda de Sarepta.

Jacob se cansaba de repetir que él lo conocía, que lo había visto, y el pueblo también. ¿Su nombre?

Entonces gritó con todas sus fuerzas: - ¡Iaokanann!

Antipas se recostó como si le hubiesen golpeado en pleno pecho. Los saduceos saltaron sobre Jacob. Eleazar peroraba para hacerse escuchar.

Cuando se restableció el silencio, se envolvió en su manto y, como un juez, inició un interrogatorio. -Puesto que el profeta ha muerto...

Unos murmullos le interrumpieron. Se creía únicamente que Elías había desaparecido.

Se volvió contra la multitud y continuó el interrogatorio. -¿Crees que ha resucitado?

-¿Por qué no? -contestó Jacob.

Los saduceos se encogieron de hombros. Jonatás abría exageradamente sus ojitos y se esforzaba por reír como un bufón. Nada tan necio como la pretensión de que el cuerpo ha

de vivir eternamente; y declamó, para el próncul, este verso de un poeta contemporáneo:

*Nec crescit, nec post mortem durare oide-
3
tur .*

Pero Aulio se había inclinado en el borde del trièlinio, con la frente sudorosa, el rostro verde y los puños sobre el estómago.

Los saduceos fingieron un gran sobresalto - al día siguiente les concedieron el derecho a sacrificar-, Antipas simuló desesperación, y Vitelio permaneció impasible. Sin embargo, su angustia era sincera y violenta, pues con su hijo perdía su fortuna.

Aulio no había acabado de vomitar cuando quiso volver a comer.

-¡Que me den raspaduras de mármol, esquisto de Naxos, agua del mar, cualquier cosa! ¿Y si tomase un baño?

Masticó nieve, y luego, vacilante entre una conserva de Comagene y unos mirlos rosados, se decidió por zapallo en dulce. El asiático-

co lo contemplaba, pues creía que esa capacidad para engullir indicaba un ser prodigioso y de raza superior.

Sirvieron riñones de toro, lirones, ruiseñores, picadillo en hojas de pámpano, mientras los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón el platónico, los juzgaba estúpidos, y así se lo decía a unos griegos que se burlaban de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían juntado; el primero narra al segundo la dicha que le había causado el bautismo de Mitra, y Jacob le instaba a seguir a Jesús. Los vinos de palmera y de tamarisco, los de Safet y de Biblos, corrían de las ánforas a las cráteras, de las cráteras a las copas, y de las copas a las gargantas. Se charlaba y los corazones se expansionaban. Iacim, aunque judío, no ocultaba su adoración de los planetas. Un mercader de Aphaka deslumbraba a los nómadas detallándoles las maravillas del templo de Hierápolis, y ellos le preguntaban cuánto costaría la peregrinación hasta ese templo. Otros se atenían a su religión nativa. Un germano casi ciego cantó un himno celebrando el promontorio de Escandi-

navia donde los dioses aparecen con los rostros radiantes; y los naturales de Siquem no comían tórtolas por deferencia a la paloma Azima.

Muchos conversaban de pie en el centro de la sala; y el vaho de los alientos, con el humo de los candelabros, formaba una niebla en el aire. Fanuel pasó a lo largo de las paredes. Venía de examinar una vez más el firmamento, pero no avanzó hasta el tetarca, porque temía las manchas de aceite, que para los esenios eran una gran impurificación.

Unos golpes resonaron en la puerta del castillo.

Ahora ya se sabía que Iaokanann se hallaba allí, preso. Unos hombres con antorchas subían por el sendero, una masa negra hormigueaba en el barranco, y de vez en cuando gritaban:

-¡Iaokanann! ¡Iaokanann!

-Él trastorna todo -dijo Jonatás.

-No habrá dinero si continúa -añadieron los fariseos.

Y se oyeron recriminaciones:

- ¡Protégenos!

- ¡Que se termine con él!

- ¡Abandonas la religión!

- ¡Eres impío como todos los Herodes!

- ¡Menos que vosotros! -replicó Antipas_.

¡Fue mi padre quien edificó vuestro templo!

Entonces, los fariseos, los hijos de los proscritos y los partidarios de los Matatías acusaron a! tetrarca de los crímenes de su familia.

El cuerpo no se desarrolla sin el alma ni puede sobrevivirla. Lucrecio, *De natura renna*. Tenían el cráneo puntiagudo, la barba erizada, las manos débiles y malignas, o la cara chata, gruesos ojos redondos y aspecto de perros de presa. Una docena, escribas y sirvientes de los sacerdotes, alimentados con las sobras de los holocaustos, se lanzaron hasta el pie del estrado y amenazaron con cuchillos a Antipas, que los arengaba, mientras los saduceos lo defendían flojamente. El tetrarca vio a Mannaci y le hizo seña para que se fiara.

Vitelio indicaba con su presencia de ánimo que aquellas cosas no le alentaban.

Los fariseos, sin abandonar sus triclinios, fueron presa de pronto de un furor demoníaco, y rompieron los platos que tenían delante. Les habían servido el guiso preferido de Mecenas, de asno salvaje, un alimento inmundo.

Aulio se burló de ellos a cuenta_ de la cabeza de asno, a la que, según se decía, tributaban honores, y lanzó otros sarcasmos sobre su antipatía por la carne de cerdo. Sin duda era porque ese gordo animal había matado a su Baco, y ellos amaban demasiado el vino, puesto que en su templo se había descubierto una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían sus palabras. Fincas, de origen galileo, se negó a traducirlas. En vista de ello se desbordó la ira de Aulio, tanto más porque el asiático, atemorizado, había desaparecido; y la comida le desagradaba, los manjares eran vulgares y no estaban disfrazados suficientemente. Se calmó al ver rabos de ovejas sirias, que son paquetes de grasa.

La índole de los judíos horrorizaba a Vitelio. Su dios podía ser muy bien Moloch, altares dedicados al cual había encontrado en el camino, y recordaba los sacrificios de niños, así como lo que se decía del hombre al que engordaban misteriosamente. A su corazón de latino le desagradaban su intolerancia, su furor iconoclasta, su obstinación brutal. El procónsul quería irse, pero Aulio se negó. Con la toga bajada hasta las caderas, yacía detrás de un montón de víveres, demasiado repleto para comerlos, pero obstinado en no dejarlos.

La exaltación de la gente aumentaba. Se entregaban a proyectos de independencia y recordaban la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados: Antígono, Craso, Varo...

-¡Miserables! -gritó el procónsul, pues entendía el idioma siríaco y su intérprete sólo servía para darle más tiempo para responder.

Antipas se apresuró a sacar la medalla del Emperador y, al tiempo que lo observaba tembloroso, la presentó del lado de la imagen.

Las puertas de la tribuna de oro se abrie-

ron de pronto, y al resplandor de los cirios, rodeada por sus esclavas y entre festones de anémonas, apareció Herodías, tocada con una mitra asiría sujeta a la frente con un barboquejo, la cabellera en espirales extendida sobre un peplo escarlata hendido a lo largo de las mangas. Dos monstruos de piedra, semejantes a los del tesoro de los Atridas, se alzaban a los lados de la puerta y hacían que se pareciese a Cibeles acompañada por sus leones. Desde lo alto de la balaustrada que dominaba a Antipas y con una pátera en la mano, gritó:

-¡Larga vida al César!

Este homenaje fue repetido por Vitelio, Antipas y los sacerdotes.

Pero del fondo de la sala llegó un murmullo de sorpresa y de admiración. Había entrado una joven.

Bajo un velo azulado que le ocultaba el pecho y la cabeza se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas y la blancura de su piel. Le cubría los hombros un paño de seda tornasolada sujeto a la cintura por un ceñidor de orfebrería. Sus calzones negros

estaban sembrados de mandrágoras y de una manera indolente hacía crujir sus menudas pantuflas de plumón de colibrí.

En lo alto del estrado se quitó el velo. Era Herodías tal como había sido en su juventud. Luego comenzó a danzar.

Sus pies se adelantaban el uno al otro al ritmo de la flauta y de un par de crótalos. Sus brazos torneados llamaban a alguien que huía siempre. Ella lo perseguía, más ligera que una mariposa, como una Psique curiosa, como un alma vagabunda, y parecía a punto de volar.

Los sonidos fúnebres de la gingra' reemplazaron a los crótalos. A la esperanza seguía el abatimiento. Las actitudes de la joven expresaban suspiros y toda su persona tal languidez que no se sabía si lloraba a un dios o moría acariciada por él. Con los ojos entornados retorció la cintura, balanceaba el vientre con ondulaciones de oleaje, hacía temblar los senos, pero su rostro permanecía inmóvil y sus pies no se detenían.

Vitelio la comparó con Mnester, el panto-

mimo. Aulio seguía vomitando. El tetrarca se sumía en un ensueño y ya no pensaba en Herodías. Creía verla junto a los saduceos. La visión se alejó.

Pero no era una visión. Herodías había hecho educar lejos de Macháerus a su hija Salomé, para que el tetrarca la amara. Y la idea era buena, ahora estaba segura de ello.

Luego vino el arrebató del amor que quiere ser satisfecho. La joven bailó como las sacerdotisas de la India, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Se inclinaba hacia todos los lados, como una flor a la que azota la tempestad. Los brillantes de sus orejas resaltaban, el paño de su espalda se tornasolaba, de sus brazos, sus pies y sus ropas brotaban chispas invisibles que inflamaban a los hombres. Cantó un arpa y la multitud la acogió con aclamaciones. Sin doblar las rodillas, separando las piernas, se encorvó tanto que su mentón rozó el piso; y los nómadas habituados a la abstinencia, los soldados romanos expertos en orgías, los publicanos avaros, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las ale-

tas de la nariz, palpitaban de deseo.

Luego giró alrededor de la mesa de Antipas, frenéticamente, como el rombo de las hechiceras, y con una voz que entrecortaban sollozos de voluptuosidad, él le decía: "¡Ven, ven!" Ella seguía girando, los tímpanos sonaban hasta casi estallar, la multitud aullaba. Pero el tetrarca gritaba con más fuerza:

-¡Ven! ¡Ven! ¡Cafarnaúm será tuya! ¡Y también la llanura de Tiberíades! ¡Y mis ciudadelas! ¡La mitad de mi reino!

Ella se puso boca abajo apoyada en las manos y con los pies en el aire, y así recorrió el estrado como un gran escarabajo. De pronto se detuvo.

Su nuca y sus vértebras formaban ángulo recto. Los forros de colores que le envolvían las piernas le pasaban sobre el hombro como arcos iris y llegaban hasta su rostro, a un codo del suelo. Tenía los labios pintados, las cejas muy negras, los ojos casi terribles, y las gotitas de su frente parecían rocío sobre mármol blanco.

Ella no hablaba. Se miraban.

En la tribuna sonó un chasquido de dedos.

La joven subió a ella, reapareció, y ceceando un poco pronunció, en tono infantil, estas palabras:

-Quiero que me des en una bandeja la cabeza de...

Había olvidado el nombre, pero añadió, sonriendo:

-¡La cabeza de Iaokanann!

El tetrarca se desplomó, abatido.

Estaba obligado por su palabra y el pueblo esperaba. Pero la muerte que le habían predicho, al aplicarse a otro, tal vez evitaría la suya. Si Iaokanann era verdaderamente Elías, podría eludirla; si no lo era, el homicidio no tenía importancia.

Mannaei estaba a su lado y comprendió su intención.

Vitelio lo llamó para comunicarle la contraseña de los centinelas que guardaban el foso.

Aquello era un alivio. ¡Un minuto después todo habría terminado!

Pero Mannaei no se apresuró a cumplir su tarea.

Volvió, pero muy agitado.

Desde hacía cuarenta años ejercía la fun-

ción de verdugo. Era él quien había ahogado a Aristóbulo, estrangulado a Alejandro, quemado vivo a Matatías y decapitado a Zósimo, Pappo, José y Antípater, ipero no se atrevía a matar a Iaokanann! Le castañeteaban los dientes y le temblaba todo el cuerpo.

Había visto delante del foso al Gran Ángel de los samaritanos, completamente cubierto de ojos y blandiendo una espada inmensa, roja y dentellada como una llama. Dos soldados llevados como testigos podían confirmarlo.

Nada habían visto los soldados, salvo a un capitán judío que se lanzó sobre ellos y que ya no vivía.

El furor de Herodías se desbordó en un torrente de injurias populacheras y crueles. Se rompió las uñas en la reja de la tribuna y los dos leones esculpidos parecían morderle los hombros y rugir como ella.

Antipas la imitó, y los sacerdotes, los soldados, los fariseos y todos reclamaban una venganza, mientras los otros se indignaban porque se les demoraba un placer. Mannaei salió, ocultándose la cara.

A los invitados les pareció que pasaba más tiempo que la primera vez y se aburrían.

De pronto, resonó en los corredores un ruido de pasos. El malestar se hacía intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaiei la asía por el cabello en el extremo del brazo, orgulloso por los aplausos.

La colocó en una bandeja y la presentó a Salomé.

La joven subió rápidamente a la tribuna. Muchos minutos después la cabeza fue traída nuevamente por la anciana que el tetrarca había visto por la mañana en la azotea de una casa y luego en la habitación de Herodías.

Antipas retrocedió para no verla. Vitelio le lanzó una mirada indiferente.

Mannaiei bajó del estrado, la mostró a los capitanes romanos y, acto seguido, a todos los que comían por aquel lado.

La examinaron.

La hoja afilada del instrumento, al deslizarse de arriba abajo, había cortado ligeramente la mandíbula. Una convulsión estiraba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpi-

caba la barba. Los párpados cerrados estaban pálidos como conchas. Y los candelabros de alrededor los iluminaban.

La cabeza llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo la invirtió con curiosidad, y Mannaei, después de volver a enderezarla, la colocó delante de Aulio, que despertó. Por la apertura de las pestañas, las pupilas muertas y las pupilas apagadas parecieron decirse algo corrieron lágrimas. Luego Mannaei la presentó a Antipas, y por las mejillas del tetrarca.

Las antorchas se apagaron. Los invitados se fueron, y en la sala sólo quedó Antipas, con las manos pegadas a las sienes y contemplando la cabeza cortada, mientras Fanuel, de pie en medio de la gran nave, murmuraba oraciones con los brazos abiertos. En el momento en que salía el sol, dos hombres enviados hacía tiempo por laokanann se presentaron con la respuesta tan esperada.

La entregaron a Fanuel, que se quedó embelesado. Luego les mostró el objeto lúgubre depositado en la bandeja los restos del festín.

Uno de los hombres le dijo: -¡Consuélate! ¡Ha descendido entre los muertos para anunciar a Cristo!

El esenio comprendió entonces las palabras: "Para que él crezca yo tengo que empequeñecerme".

Y los tres tomaron la cabeza de Iaokanann y se fueron por el lado de Galilea.

Como pesaba mucho, la llevaban alternativamente.

FIN